ANTONIO CHAPULI NAVARRO

MAREAS VIVAS

COMEDIA DRAMÁTICA ORIGINAL

en tres actos y en prosa

9

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

Copyright, by the author 1907

MAREAS VIVAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

MAREAS VIVAS

COMEDIA DRAMÁTICA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO CHÁPULI NAVARRO

Estrenada en el TEATRO ELDORADO de Barcelona, en la noche del 30 de Enero de 1907

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUPL.º

Teléfono número 551

—

1907

.Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/mareasvivascomed1339chpu

A LA SAGRADA MEMORIA

del que fué en vida mi segundo padre

Don Carlos Navarro y Rodrigo

Tu afecto, más que tu poderosa inteligencia, presintió la benévola acogida que el público acaba de dispensar á mi primera producción dramática.

Justo es, por tanto, que tu nombre esclarecido sirva de escudo á mi pequeñez y que avalore la primera página de esta obra. En ella puso su alma entera, como para quererte y admirarte, tu más agradecido sobrino,

Antonio.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSALÍA	Srta. Bremón.
CARIDAD	Sra. Sánchez.
ISABEL	Alverá.
JORGE DURÁN	Sr. García Ortega.
DON ADRIÁN	Campos.
HONORATO	López-Alonso.
GONZALO	Comes.
PEPE ALCÁZAR	Ariño.
EL DOCTOR ÁLVAREZ	Núñez.
LUISITO	Román.
UN CRIADO	Castro.

La escena en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Sala baja de un hotel aristocrático. Los muebles lujosos y alegres.—Puertas á derecha é izquierda.—En el fondo, una ancha puerta que comunica con el vestíbulo, completándose el lienzo de pared con una galería de cristales colocados en forma que pueda distinguirse el jardín.—Es de día.

ESCENA PRIMERA

ROSALÍA, CARIDAD, ISABEL, HONORATO y LUISITO. Después PEPE ALCAZAR. Las tres primeras, sentadas, forman grupo á la izquierda. Luisito, en pie, se apoya en el respaldo del sillón que ocupa Isabel. Honorato dormita en una mecedora más al centro de la escena

LUISITO — Bien, Rosalía. Ya era hora de que estuvieras así: alegre, comunicativa.. Eso es ponerse en razón.

ISABEL — Alguna buena noticia. (Es la esposa de Honorato. Una cincuentona con pretensiones. Insinuante con Pepe Alcázar. Mordaz, irónica y displicente con Jorge.)

LUISITO — ¡Y tan buena! Como que llegó del extranjero...

ROS. — ¿Ya empezamos?...

LUISITO — No... Aún no ha empezado el sermón.

ROS. — Descuida: no faltará. En días de banquete, es el postre con que suele obsequiarme tu amable, tu ilustre tía...

ISABEL — ¡Aún no es tarde!

609417

LUISITO (A Isabel, entre mimoso y zumbón.) Pero hoy se lo perdonas, eh?... Y si no, mírala: cuando está risueña, es cuando está más hermosa.

CAR. Luis, no molestes á tu hermana.

LUISITO Pero, ¡mamá!...

ROS. Déjale; de todos modo, no habrían de faltarle imitadores piadosos.

ISABEL Por si acaso, no me tiréis de la lengua.

ROS. Te conozco: ya buscarás un pretexto.

ISABEL Por desgracia, me los das con frecuencia.

CAR. Isabel, no te canses. Es inútil: mi hija es una excepción. No quiere novio.

ISABEL Hay cosas que no se explican.

ROS. En efecto, se trata de cosas graves... Rarezas de una mujer que, á los veinte años, no tiene afán de marido... ¡Oh, qué cosas, querida tía, qué cosas!

CAR. Hija: tu deber...

ROS. ¡El deber!... Siempre el deber. ¿Y el derecho?

ISABEL Sí, el derecho á ser terca.

LUISITO ¡Dejadla! Querrá ser monja.

ROS. (Con viveza.) Lo que quiero es que me dejéis en paz.

(Honorato da un fuerte ronquido.)

ISABEL ¡Qué atrocidad!

LUISITO (A Isabel.) Dime, tía, ¿ronca así por la noche?

ISABEL No me entero. Duerme lejos de mí.

LUISITO Tú lo entiendes.

CAR. Acabará por darle una congestión.

LUISITO ¡Aprieta! Este es un fa sostenido. (Dándolo un golpe en un hombro.) ¿A qué hora te llamamos?

HON. ¡Qué gracioso! (Es el tipo del aristócrata arruinado. Sus gestos y sus palabras deben mostrar en todas ocasiones una gran despreocupación.)

ISABEL ¡Vaya un modo de dormir!

HON. Qué, ¿la vas á emprender conmigo?

ISABEL Sí. Por lo visto, yo la emprendo con todos.

HON. No me dejais descansar.

CAR. ¿De qué?

LUISITO Del trabajo de dormir toda la noche.

HON. El canónigo que inventó la mecedora, no tendría una mala digestión. Y Adrián, ¿se ha ido?

CAR. No: está en su despacho.

HON. Preparando algún discurso, eh?

CAR. Sí: creo que interviene en el debate de hoy.

HON. ¡Admirable! Los *sans culotte* de la galería, están de enhorabuena. Caridad, ¿qué va á ser de nosotros, de los amantes del orden?

LUISITO ¡Pobrecillo!... Le van á quitar la siesta.

HON. Caridad, tu marido es un hombre peligroso. Hay que cortarle los vuelos.

CAR. ¡Bueno es el chico!

HON. ¡Hola, hola!... ¿Tú también?... Esto es un antro. (A Rosalía y Luis.) ¿Y qué opina la gente joven?

ROS. (Con displicencia.) Yo, ¿qué entiendo de esas cosas?

HON. ¿Y tú? (A Luis.)

LUISITO Que á los holgazanes nos hace falta un repaso. ¡Y bueno!

HON. Muy bien dicho!

(Por el foro aparece Pepe Alcázar. Es un diputado joven, sometido á la jefatura de don Adrián.)

ALC. (Entra con decisión.) ¿Llego á tiempo?

HON. (¡Vaya, otro regenerador!)

CAR. A esta casa llega usted siempre con toda oportunidad.

LUISITO (Sí, á tiempo de tomar algo.)

ALC (A Caridad, saludando.) Señora: ocupaciones urgentes me han impedido hoy almorzar en tan grata compañía.

HON. ¡Ah, los hombres de negocios!

CAR. Sí: el negocio es lo primero.

ALC. No: los primeros, mis amigos.

CAR. Muchas gracias.

ALC. (A Isabel.) Es usted la mujer más hermosa de Madrid.

ISABEL ¡Por Dios!... (¡Qué embustero y qué burlón!)

HON. (A Isabel.) No hagas caso: en el fondo y entre sus íntimos, dirá que eres uno de nuestros más distinguidos esperpentos.

ISABEL Me es igual. Para tí me consta que lo soy.

HON. ¡Claro!... Como que eres mi mujer.

ALC. (Saludando á Rosalía, en voz baja.) A usted, la última.

ROS. (Con displicencia.) Sí: es el lugar que me corresponde. ¡La última!

ALC. (Acercándose mucho.) El lugar de lo mejor.

CAR. Llama, Luisito. (Luis toca el timbre.)

ALC. (A Honorato.) Hasta por egoismo, conviene hacerse agradable.

HON. ¿Es consejo?

ALC. No: es un sistema con el que me va muy bien.

HON. Pues que aproveche, hombre, que aproveche.

ISABEL (Refiriéndose á Honorato.) De egoismo no anda del todo mal. Lo que pasa es que lo entiende todo al revés.

ALC. (A Honorato.) ¡Mala lengua!

HON. Es el odio á los ingleses.

ALC. Entonces, me tranquilizo. Nada me debe usted.

HON. Y en buena hora lo diga.

CAR. (Al criado que aparece por el foro.) Café para este señor. (Señalando á Pepe Alcázar.)

ALC. (A Honorato.) ¿Lo ve usted?

HON. Sí, ya veo que cobra usted los piropos.

ALC. Aquí no los cobro... Fuera de aquí sube la cotización.

LUISITO (¡Me va cargando este imbécil!)

HON. Y siempre explotando el físico, eh?...

LUISITO (Sobre todo con las viejas cursis.)

ALC. (A Honorato.) ¡Vamos, que usted!...

HON. Sí; cuando me saco la raya, ¡el terror de los maridos!

ALC. ¡Tunantón! Es famoso este Honorato.

ISABEL ¡Mi marido! No he visto un ser más inútil.

HON. Ea; ya me descubrió el secreto.

ALC. Y que lo afirma un voto de calidad.

CAR. ¡Por Dios!... Que les temo á ustedes.

(Aparece, el criado, deja sobre el velador el servicio de café y una caja de cigarros y vase.)

LUISITO (Lo de siempre; yo no mojo.)

ROS. (Acercándose al velador.) (¡Qué aburrimiento!) (Después de echar en la taza el segundo terrón de azúcar. Dirigiéndose á Pepe Alcázar.) ¿Más azúcar?

ALC. Sí, Rosalía. Necesito endulzar mis amarguras. Usted me guarda el secreto.

ROS. ¡Qué torpeza la mía! ¿Conque le guardo un secreto?...

ALC. (Al oído.) Para usted, ya no lo es.

ISABEL (¿Qué le dirá?... Me tiene frita este hombre.)

CAR. ¿Qué es eso, Isabel?

ISABEL No, no es nada...

ALC. (Ofreciendo un cigarro á Honorato.) Qué, ¿se anima usted?...

HON. Hombre, sí, me resigno: fumaremos.

LUISITO (¿No lo dije?... ¡A mí que me parta un rayo!)

ALC. (A Caridad.) ¿Y qué es de mi ilustre jefe?

CAR. En su despacho.

ALC. Señora, ese es mi hombre. ¡Qué rectitud, qué carácter! ¡Lástima que en política esté solo!

CAR. ¿Y qué hacer?

ISABEL Con amigos tan leales como ustedes, va bien acompañado.

ALC. Yo soy un cero á la izquierda.

HON. ¡Tiene razón!

ALC. En qué tengo razón, ¿en lo del cero?

HON. No, hombre, no; en que Adrián está solo. Es el soldado de Waterlóo de que habla Víctor Hugo. Generoso, noble, patriota. Herido mortalmente, ve cómo se acercan las huestes enemigas y se incorpora en un supremo arranque. ¡Quiere luchar! ¡Imposible!... Ante aquella avalancha, es inútil todo esfuerzo. Desalentado, vencido por la brutalidad del número, se deja caer, exclamando: «Yo arremetería, sí, ¡pero son tantos!...»

ALC. Eso es lo que pasa: ¡que son muchos!... Sin embargo, él puede contra todos. Esta tarde le admiraré una vez más... ¿Y ustedes?...

CAR. Yo, ¿para qué?

ALC. (A Rosalía.) Pero, ¿usted sí?

ROS. Gracias. No me divierte el espectáculo. Fuí dos veces y prometí no volver. He aquí la fisonomía de una tarde en el Congreso. Sesión tranquila: unos cuantos personajes en capullo, entretienen sus ocios enviando caramelos y mirando á las señoras abonadas, mientras un aspirante á ministro recita en la soledad un discurso kilométrico

sobre materias rentísticas... Después surge un incidente: sesión borrascosa. Gritos, injurias, rotura de campanillas presidenciales y un duelo que jamás se realiza. Votación: los suizos de la mayoría se estrujan en los bancos de la derecha: ¡tienen prisa!... Funciona el telégrafo sin hilos: corren los emisarios en busca de perezosos y empieza el acto solemne... ¿Qué dijo el Gobierno?.. Pues dijo el jefe que no... Ya están todos moviendo la cabeza como autómatas y luciendo el penacho de su representación, como caballos de funeraria...

ALC. ¡Admirable!

HON. ¡Deliciosa!... Es la disección del régimen.

LUISITO (Al oído de Honorato.) ¡Nocedal!

CAR. (A Rosalía.) Pero, hija, por Dios, ¡como caballos!

ISABEL ¡Qué criatura!

ALC. Sí; el símil es durillo...

ROS. (Sonriendo.) Pero usted no se enfada. ¿No es verdad?

ALC. Yo, ¿y con usted? Rosalía, con usted no hay manera de enfadarse.

ROS. Le juro que no le quise ofender.

ALC. Desde luego.

HON. Lo peor es que estos señores, con menos solemnidad y con la misma inconsciencia, arrastran hacia la fosa el cadáver de la nación.

LUISITO ¡Cataplún!

ALC. (Disculpándose.) Hay de todo.

HON. Sí; hay muchos calabacines y algún visionario, como mi ilustre pariente.

ALC. ¡Visionario! ¡Qué injusticia! Un gran patriota, un gran orador y un gran hombre de Estado.

HON. ¡Así: todo en grande y de una pieza!

ALC. Es verdad.

LUISITO (Interrumpiéndole.) Don José, usted será director.

ALC. Gracias, pollo, muchas gracias.

ISABEL ¡Qué insolente!

CAR. ¡Ea, Luis; á estudiar!

LUISITO ¡Mi castigo! ¡La Mecánica!

HON. (Amenazándole.) Vamos, á estudiar se ha dicho. Pero deja la Mecánica. Estudia sociología y hazle la competencia á tu padre. Le hace falta.

LUISITO Sí: bastante te importan á tí esas cosas.

HON. ¡Vamos, niño, que te duermes!

CAR. (Reprendiéndole.) ¡Honorato!

ROS. (Retirándose por la izquierda.) ¡Pobre chico!

LUISITO (¡Qué lástima de automóvil!) (Vanse Rosalía y Luis.)

ESCENA II

CARIDAD, ISABEL, HONORATO, PEPE ALCÁZAR y DON ADRIÁN

D. AD. (Entrando por la derecha.) Hola, Alcázar, ¿Cómo va?

ALC. (Saludando con efusión.) Mi querido don Adrián.

D. AD (Á Caridad.) Pero ¿qué algazara es esta?

CAR. La de costumbre entre Honorato y tu hijo.

D. AD. ¡Bien, hombre, bien! Eres el ejemplar más perfecto de la alegría inconsciente.

HON. Y tú el representante más legítimo de la tristeza filosófica.

D. AD. Envidio tu buen humor. ¡Mi palabra!

HON. Pues si esto es guerra, que no se acabe.

D. AD. Descuida. La imagen grotesca de la risa, se irá cantando, como el cisne, del mundo de los vivos.

HON. La esfinge temerosa de la gravedad continuará viéndolo todo á través de una mueca de olímpico desdén.

D. AD. No; tú confundes el gesto. La esfinge mira tus cosas á través de una mueca de infinita piedad. Si así no fuera, ¿dónde estaríais vosotros?

ISABEL (Durante el anterior diálogo, cuchichea con Pepe Alcázar. Volviéndose á Caridad.) ¡Cómo viene tu marido!

CAR. ¡Y qué quieres!

HON. El moralista piadoso de otros días, está hoy de mal talante.

ALC. (¡Buen recorrido te espera!)
CAR. Basta de tiroteos peligrosos.
HON. ¡Déjale! Para mí son fuegos artificiales. No le hago caso.
ISABEL Hoy vienes batallador, Adrián.
D. AD. (Sonriendo.) Pero, tontas: ¿dudáis acaso de que le quiero como á mi mejor amigo?
HON. Sí, hombre, sí. Ya sabemos que nos quieres mucho.
ISABEL Hay cariños que matan.
D. AD. Es verdad. Lo que sucede es que Honorato es muy gracioso, y con su calva y su bigote mal teñido, me recuerda esas cucurbitáceas cuyo fruto envejece y no madura.
ALC. (Ya escampa.)
ISABEL Sí: pues lo vas arreglando.
HON. ¡Gracias, hombre!... Para llamarle á uno melón, no hace falta recurrir á circunloquios.
CAR. Adrián, ¡por Dios!
D. AD. ¿He sido injusto?
CAR ¡Injustísimo!
ISABEL Como siempre que se trata de Honorato.
D. AD. Decidme si esa flor en la solapa, ese monóculo á lo Chamberlain y esos aires de gran señor, no le piden á voces un poco de formalidad.
HON. Monserga número... No sé: ya perdí la cuenta.
D. AD. Ea: por hoy es bastante... (Toca el timbre.)
ISABEL ¡Ya era hora!
ALC. Hoy no fué largo el sermón.
ISABEL Por fortuna, el orador tiene prisa.
HON. (A Caridad.) ¿Está el coche?
CAR. Sí: ya es la hora de Adrián.
HON. Pues entonces, este Catón me dejará en el Casino... (A Adrián.) Qué, ¿seguirá el chaparrón?
D. AD. ¿Para qué? No quiero perder el tiempo.
HON. ¡Nada! No hay quien me haga variar.
D. AD. Eso, sí. Te remozan los aires de Primavera... Hoy estás donjuanesco, irresistible...
HON. Pieza que yo apunto, pieza que cae, Adrián.
D. AD. (Al Criado.) Mi bastón y mi sombrero. (A Honorato.) Sí: tú has sido buen tirador... Pero

ya el pulso vacila: comienza á serte infiel. Honorato: los achaques de la edad.

HON. Pues aún me atrevo con algo...

D. AD. No: por tu desdicha, ya no te atreves con nadie.

ISABEL (Con impaciencia.) ¡Otra vez!...

ALC. (Esto se anima.)

HON. ¿Que no? (El Criado entrega á don Adrián el sombrero y el bastón. Vase.)

D. AD. ¡Que no!... Has vivido deprisa, muy deprisa. De aquellas briosas arrogancias, sólo queda un vencido inconfeso de sus propias debilidades... Necesitas disimular tu caída, acordarte de lo que fuiste; presumir de algo... ¡Y presumes de vicioso!

HON. ¡Ya lo creo! Y de buen mozo. ¡Y de listo!

ISABEL ¡Mira, mira el carcamal!

D. AD. Honorato: sólo te quedan dos cosas. El humor y las ganas de comer.

HON. Eso sí; no como mal en tu casa.

CAR. Predicas en el desierto.

ISABEL Le conozco: no varía.

HON. Adrián siente lo que yo llamo lujuria de la palabra.

D. AD. Sí: es la única que yo podría sentir.

HON. Y prepara, á costa mía, su discurso de esta tarde. ¿No es así?

D. AD. ¿Para qué?... El orador no es un literato cuidadoso de la forma... Es el esclavo romano que dice la verdad á su país... Y para eso, no necesito preparación.

HON. ¿No lo dije?... ¡Cómo abusa!... Decididamente, voy esta tarde al Congreso.

D. AD. No vengas: te aburrirías.

HON. ¿Qué, hay también himno de Riego?...

D. AD. ¡Naturalmente!... Es el triunfo de las ideas nuevas. Los que piensan como tú, suponiendo que pienses en algo, están en vergonzosa minoría.

HON. Entonces, á mi *pocker* vertiginoso.

D. AD. Haces bien: no te prives de tus cosas.

HON. Pues andando... (A Isabel.) Tú, ¿te quedas?

ISABEL (Levantándose.) No: yo tengo junta esta tarde.

HON. ¡Ah, sí!... La de la *trata de blancas*. El diablo

metido á predicador... Pero, dime: ¿qué intentais contra esas infelices?...

ISABEL Reprimir ese tráfico inmoral ¡Es una vergüenza!

ALC. ¡Muy bien dicho!

HON. Adrián: dile algo á mi mujer.

CAR ¡Honorato, por Dios!... Que descarrilas.

D. AD. (Saliendo.) Vámonos, buena pieza: que te temo. Hasta luego, Caridad.

CAR. Adiós, y que tengas calma.

D. AD. ¡Descuida!

HON. (Ahora le cobro el sermón.)

ISABEL Y á mí, ¿quién me lleva en coche?

ALC. ¿Y lo pregunta usted, estando el mío?

ISABEL Pues acepto, si mi marido consiente.

HON. Sí; llévesela usted. (¡Infeliz! ¡No sabes lo que te llevas!)

ALC. (Despidiéndose de Caridad.) Señora...

CAR. Adiós, Alcázar.

ISABEL Hasta luego, Caridad.

CAR. Sí; hasta después, Isabel.

ALC. (Saliendo del brazo con Isabel.) (¡Qué cargante y qué tonta es esta vieja!) (Vanse por el foro don Adrián, Honorato, Isabel y Pepe Alcázar)

ESCENA III

CARIDAD. Después ROSALÍA

CAR. (Mirando hacia la izquierda del jardín) ¡Qué criatura! Parece que huye de nosotros.

ROS (Por la izquierda.) ¿Lo ves?... Así es como estoy á gusto: contigo.

CAR. Y con tus hermanas.

ROS. ¿Con mis flores?... Sí; también. ¡Pobrecillas! Se yerguen y se esponjan de gozo cuando me acerco á mirarlas.

CAR. Hay quien las envidia.

ROS. (Con dulzura.) ¿Tú?... ¡Por Dios! Eres injusta conmigo.

CAR. Hija mía, para tí no hay más que flores y libros.

ROS. ¿Y mi madre? Olvidas lo que más me importa. ¡Quéjate! Sí, tus reproches me halagan.

CAR. Pues me quejo, y, por desgracia, me quejo con razón.

ROS. No me importa: ya sé que no la tienes.

CAR. Por supuesto, ¿no habrás pensado salir?

ROS. ¿Para qué? A tu lado estoy mejor.

CAR. (Con mimo.) ¿Aun sin libros?...

ROS. (Abrazándola.) Con tu afecto, que es bastante.

CAR. Nada: ¡en perpetua reclusión!... Todo te aburre. Tus amigas...

ROS. (Con displicencia.) No las tengo.

CAR. El paseo...

ROS. Sí; un rato de exhibición para que paseen los caballos.

CAR. Nada, los señores de Guzmán se quedan todos los días en casa. ¡Qué delicia!

ROS. ¡Mejor! Así no te faltará Isabel: tu debilidad y mi tormento.

CAR. A propósito: tengo que hablarte.

ROS. ¿Otra vez?

CAR. Sí, otra vez; tu porvenir nos preocupa seriamente.

ROS. (Con asombro.) ¡Mi porvenir!... Y me hablas con esa gravedad... (Burlándose.) ¿Media en ello alguna razón de Estado?... ¿Me amenaza algún peligro? Decididamente, esa mujer hace de tí lo que quiere.

CAR. No; es que tengo mis razones. La primera, que no eres una niña...

ROS. (Con marcada ironía.) ¡Ah, vamos, sí!... Tenéis prisa, se me pasa la edad.

CAR. No es eso: es que ese chico está desesperado, está loco.

ROS. No lo creas. El que no tiene juicio, no es posible que lo pierda.

CAR. Eres injusta con él.

ROS. Y tú aún más injusta conmigo. ¿Quieres que sea la novia número tantos, una cifra cualquiera? No... Además, mi carácter, mi dignidad...

CAR. ¡Tu amor propio!

ROS. Lo que quieras: mi amor propio no se resig-

na á que un botarate me coloque en fila como recluta de pelotón. En amor quiero ser sola, siempre sola, ó me quedo en casa, como los señores de Guzmán.

CAR. De suerte que descartas á tu primo, con su arrogante figura, su apellido ilustre...

ROS. ¡Qué buena eres! Tú ves un dechado de perfecciones, donde yo veo un esperpento moral, una ruina blasonada.

CAR. Para tí, ¡bien lo quisiera mejor!

ROS. Ya se conoce.

CAR. Hija mía, es preciso vivir en la realidad. No diré que Gonzalo sea una perfección...: Pero en tu clase, es el tipo medio de la juventud del día.

ROS. Entonces, ¡buena está la juventud!

CAR. ¿Y Pepe Alcázar?

ROS ¿Otro candidato tuyo?

CAR. Es un hombre de talento, de gran posición...

ROS Muchas gracias.

CAR. Y una gran firma.

ROS. Sí: una gran firma en la Bolsa... Aquí (Señalando al corazón.) no tiene cotización.

CAR. Rosalía, es grande tu terquedad.

ROS. En algo he de parecerme á tí. No te pese.

CAR. ¿No habrá quien dé con tu gusto?

ROS. Es difícil.

CAR. No: por lo visto, es tu secreto... Y yo lo descubriré. No creo que te guste Julio Rivas.

ROS. (Burlandose.) ¿Otro tipo medio?

CAR. No: ese es un chico cabal.

ROS. ¡Un buen chico!... Vamos, un sinónimo de tonto. Digno broche de tu revista de pretendientes.

CAR. Eso prueba que tienes donde elegir.

ROS. ¡Oh, qué suerte!

CAR. (Acariciándola.) Al fin, elegirás á tu primo. Es mi candidato y el de tu padre.

ROS ¿El de mi padre? ¡Imposible!...

CAR. (Mirando hacia el fondo.) Alguien se acerca. ¡Silencio!

ESCENA IV

DICHAS, UN CRIADO y EL DOCTOR ALVAREZ

CRIADO (Desde el foro, anunciando.) El Doctor Alvarez.
ROS. (¡Qué oportuno! Así me dejan en paz.)
DOC. (Entrando.) Sí: el pícaro Doctor que acaso viene á interrumpir una sabrosa confidencia, eh?
CAR. De ningún modo: aquí entra usted como en su propia casa.
DOC. Y qué, ¿cómo lo pasa esta rosita de mayo?
ROS. Ya lo ve usted: tan contenta.
DOC. (A Caridad.) Y usted tan satisfecha de su obra.
CAR. Sí: las penas ya pasaron.
ROS. En efecto: la muñeca voluntariosa no necesita de los cuidados de usted.
DOC. Pues en ello, reclamo mi pedacito de gloria.
CAR. En rigor, á usted le pertenece por entero.
DOC. Eso no.
CAR. ¡Mucho nos hizo sufrir!
ROS. Pero ahora ya soy buena. ¿No es verdad?
CAR. Sin embargo...
DOC. Qué, ¿todavía los nervios?...
CAR. Sí: á veces se desatan.
DOC. No es extraño. Son ustedes la parte nerviosa de la Humanidad: para nosotros se ha reservado el predominio del músculo.
ROS. Y el predominio de todo.
DOC. Menos uno: el de la mujer que nos lleva siempre por donde quiere.
ROS. Pero, Doctor, ¿todavía?...
DOC. Sí, todavía.
CAR. (Cortando el diálogo.) Es la hora de tus rezos. Miss Rosse te estará esperando. El Doctor es de toda confianza.
DOC. Sí, lo soy: vaya usted y que el cielo la bendiga.
ROS. Adiós, domador de fierecillas nerviosas.
DOC. Adiós, y mucho cuidado, eh?

ROS. (Retirándose.) No tema usted: ya le he dicho que soy buena. (Vase Rosalía.)

DOC. (A Caridad.) No es la misma: aquella niña clorótica, ¡qué prodigio! es hoy una espléndida mujer.

CAR. Yo sé las lágrimas que me cuesta. ¡Se quiere tanto á los hijos!... Tuvo usted una idea salvadora.

DOC. A estos diablillos, rebeldes á toda medicación, hay que obsequiarles á menudo con azotes de aire libre... ¡Oxígeno, mucho oxígeno!... Lo demás, es perder el tiempo con paliativos inútiles.

CAR. Voy sospechando que no tiene usted mucha fe en la Medicina.

DOC. Señora: cuando la Ciencia tiene que cruzarse de brazos y permanecer á la espectativa, la labor del fisiólogo es sencilla: se reduce á completar la obra de la Naturaleza.

CAR. No, hablemos con propiedad: esa es la obra de Dios.

DOC. Está bien: no lo discuto. Pues á Dios debe usted la salud de Rosalía.

CAR. A Dios y á usted...

DOC. ¡Y á su madre!

ESCENA V

DICHOS, LUISITO. Después GONZALO. Luisito entra distraído, fumando y tarareando un cantar

CAR. (Reprendiéndole.) ¡Luisito, no te fijas!

LUISITO ¡Es verdad!... (Al Doctor.) Perdone usted.

DOC. ¡Hola, pollo! Usted siempre tan alegre.

CAR. Y tan distraído.

DOC. No es extraño.

LUISITO ¿Sabes quién tiene la culpa? ¡La Mecánica!

CAR. Sí: el automóvil, los toros y el trato de la gentuza... ¡Son tus textos favoritos!

DOC. Ah, ¿pero estudia?

CAR. Sí: quiere ser ingeniero.

LUISITO ¡Y lo seré!

DOC. Esa es buena dirección.

CAR. Si no se tuerce.
DOC. Es muy joven todavía.
LUISITO Soy un hombre.
CAR. No: por tu edad no lo eres. Por tus majaderías, es posible.
LUISITO ¡Pero si ya... me afeito!
DOC. Sí, y hasta tendrá novia.
LUISITO Y algo más.
CAR. ¡Luisito!
DOC. Hoy se vive deprisa, muy deprisa. ¡El medio, señora, el medio!
CAR. Sí; todo lo malo se aprende. (Señalando á Gonzalo, que aparece por el foro.) ¡He ahí el modelo de mi hijo!
GON. (Saludando.) Adiós, ilustre Doctor.
DOC. Tanto gusto, amigo mío. (¡Buena firma!)
CAR. (A Gonzalo.) Al fin, pareces.
GON. Ayer no pude venir. Por lo demás, me sorprende tu pregunta. Nunca falto.
LUISITO (Sobre todo, á las horas de comer.)
CAR. Sí: ocupaciones urgentes.
GON. Según tú, no trabajan más que los que suben á un andamio. Cada cual tiene lo suyo.
CAR. ¡Pobrecillo!
DOC. (¡Qué osadía y qué sarcasmo!)
LUISITO (A Gonzalo.) ¿Y qué es lo tuyo?
GON. (Con desabrimiento.) Lo que á tí no te incumbe.
LUISITO Sí: por la noche en la *Peña:* durante el día, á despachar en la cama. ¡Qué vidita!
GON. ¡La que puedo!
CAR. Así vienes de ese humor.
LUISITO Así viene cuando no trae un real.
DOC. ¡Falta de higiene! ¡La senectud prematura!
GON. Para ustedes la salud, el crédito, la moneda: todo es una obra de higiene. Para mí, el problema más sencillo. ¿Que no tengo? Lo pido y ¡santas pascuas!
DOC. ¿Y se lo dan?
GON. Hasta hoy, sí.
DOC. Pues sentiré que se le acabe el filón.
GON. No me importa: entonces no me faltará para una cuerda.
LUISITO ¡Hombre, por Dios!... Siquiera para un revólver. Y si no, el Viaducto: es más barato.

GON. Mira, niño, vete á estudiar la Mecánica.
LUISITO Ah, ¿tú también? Pues á tí no te hago caso.
GON. ¡Que me dejes, ó te doy una puntera!
LUISITO ¿A que no?...
CAR. ¡Basta, Luisito, á tu cuarto!
LUISITO (Retirándose por la derecha.) ¡Lo de siempre! (A Gonzalo.) Que te alivies y que no trabajes tanto. (Vase.)
GON. (Con desprecio.) Muchas gracias. (Gonzalo, separándose del grupo, se sienta á hojear un periódico ilustrado.)
DOC. (Levantándose. A Caridad.) ¡Qué juventud!
CAR. Y añada usted: ¡qué desdicha! En nuestro tiempo no había chicos así.
DOC. ¿Y qué tal mi salvajillo?
CAR. ¡Ah, Jorge! Pues tan contento. Su última obra, dice Adrián que es un prodigio.
DOC. Y es claro: don Adrián, orgulloso, entusiasmado. ¡Qué corazón!
CAR. En eso no reconoce rival.
GON. (¡Qué cargante va resultando este tío!)
DOC. Señora, que mis visitas sean siempre como esta: una visita de amigo.
CAR. Sí: como médico cuanto más tarde mejor. Les tengo á ustedes mucho, pero muchísimo miedo. (Alargándole la mano.) Adiós, Doctor.
DOC. Salud, amigo Tovar.
GON. (Con desabrimiento.) Adiós: beso á usted la mano. (Vase el Doctor por el foro.)
CAR. (A Gonzalo.) ¿Te quedas?
GON. Me es igual. ¡Para lo que yo hago aquí!... Vamos, cuéntame. ¿No me dices nada?
CAR. Lo de siempre.
GON. ¿Sigue arisca?
CAR. Arisca, no. ¡Inabordable!
GON. (Con ironía.) Gracias por tu generosa mediación.
CAR. No hagas caso. Al fin, se convencerá.
GON. Está bien. Anda con Dios. Y gracias.
CAR. (¡Pobre chico! ¡Qué tristeza!) (Caridad hace mutis por segunda izquierda.)

ESCENA VI

GONZALO. Después un CRIADO, ISABEL y ROSALÍA

GON. Pues, señor. ¡Airoso papel el mío! Y así un día y otro... Esa muñeca voluntariosa juega con mi corazón... ¡Ah, fierecilla! ¡Veremos quién puede más!

CRIADO (Cruzando la escena y viendo entrar á Isabel con decisión.) (Parecen los amos.) (Mirando á Gonzalo sin ser visto.) (¡Y habla sólo!... Este acaba en Leganés.) (Vase.)

ISABEL (A Gonzalo, á quien sorprende la última frase del monólogo.) Muy bien: así me gusta oirte.

GON. (Con indiferencia.) ¡Ah! Pero, ¿estabas ahí?

ISABEL Sí: necesito advertirte que el momento es decisivo. (Con misterio.) Durán está en Madrid.

GON. Bueno, ¿y que?

ISABEL ¡Ah, no sospechas!

GON. (Con desprecio) ¿De quién, de ese? No: ¡qué disparate! Al contrario: me alegro. Así saldremos de dudas y te convencerás de que, con tus vehemencias, juzgas mal á Rosalía.

ISABEL ¡Qué llano, qué fácil parece todo cuando discurre el deseo! Eres tonto, hijo mío.

GON. ¡Qué terquedad! No te fijas: se trata de un pobre diablo, de un advenedizo. Y entre Rosalía y él, media un abismo infranqueable.

ISABEL ¡Inocente! ¿Y su triunfo de París?

GON. Ese no borra su condición y su nombre. Más le temo á Pepe Alcázar.

ISABEL No: de ese estoy bien segura. ¡Es incasable!

GON. Entonces, ¿á qué viene?

ISABEL A su negocio. Adrián es su Jefe: le adula para explotar su influencia política.

GON. ¡Miserable!

ISABEL Hijo: de poco te asustas.

GON. Su egoísmo, su hipocresía, me hacen perder la serenidad. Le odio, no sé por qué... Pero le odio con repugnancia invencible.

ISABEL Si supieras lo que hace por nosotros, serías más compasivo con él.

GON. ¿Os da dinero?

ISABEL (Vacilando.) Sí: nos da dinero. Ya conoces la situación de tu padre.

GON. (Mirándola fijamente.) Y eso, ¿á costa de qué?

ISABEL (Con alguna turbación.) De nada.

GON ¡Madre!

ISABEL (Con arrogancia.) ¿Qué es eso? ¿Quién eres tú para pedirme cuentas? ¡Soy tu madre!

GON (Con desesperación.) ¡Dios mío, cuánta vergüenza y cuánta indignidad!

ISABEL ¡Gonzalo!

GON. Sí: perdóname. ¡Estoy loco! Ya no sé ni lo que digo.

ISABEL Tu sospecha es criminal.

(Rosalía, con un libro en la mano, aparece por la izquierda.)

GON. (A Isabel, en voz baja.) ¡Ella! Procura dejarnos solos.

ROS. ¡Hola, primo! (A Isabel.) ¿Tú aquí otra vez?

GON. (Merecemos el desprecio.)

ISABEL Sí, hija mía; otra vez. Esta casa tiene imán para nosotros.

ROS. Me dijeron que tenías junta esta tarde.

ISABEL Sí: pero faltó número y queda para otro día. (Acercándose.) ¡Picaruela! ¡Ingratilla!

ROS. No sé por qué.

ISABEL Porque ya no nos quieres.

ROS. No me hagáis caso, ¡por Dios! Es sosería, cortedad, todo, menos eso que tú crees.

ISABEL ¡Calla, calla! En fin: entraré á ver á tu madre.

ROS. Ya ves: para demostrar que no es cierto lo que has pensado de mí, te acompaño y renuncio á mi lectura.

ISABEL. No, eso no. ¡Quédate!... Ya ves, Gonzalo está sólo.

ROS. No soy buena distracción... Se aburrirá.

GON. No habrá tiempo: tengo que hablarte.

ROS ¿A mí?

ISABEL Adiós, hija.

ROS Está bien. Será asunto de interés.

GON. Precisamente. Sí, de muchísimo interés.

(Isabel se retira cambiando con su hijo una mirada de inteligencia.)

ROS. (¡Qué fastidio! ¡Será la eterna canción!)

ESCENA VII

ROSALÍA y GONZALO

ROS. (Sonriendo con ironía.) Ya lo ves: aquí está la criatura obediente... ¿Qué querías?... Dilo pronto, pero sin fruncir el ceño... Hay veces que me da miedo tu cara.

GON. Sí: te da miedo la amargura que se refleja en mis ojos.

ROS. No: lo que yo veo en tí no es amargura: es fiereza. Pero no discutamos. Dime pronto lo que tengas que decir...

GON. (Acercándose á Rosalía, que se ha sentado en un sillón.) (Le temo: no sé por dónde empezar.) ¿Qué libro es ese?

ROS. (Burlándose.) ¡Ah, vamos! Es un comienzo difícil! (Abriendo el libro.) Ya lo ves: uno de mis predilectos: *Tragedias de Shakespeare.*

GON. ¡Singular manía la tuya! Sólo en los libros encuentras distracción.

ROS. ¡Cierto, sí! .. La lectura es el supremo deleite para un temperamento como el mío. Un libro bueno, es el amigo leal que hace más soportables las horas del aburrimiento.

GON. ¡Ah! Pero, ¿también tú te aburres?

ROS Ahora mismo salgo huyendo de la gravedad cómica de la Miss. Venía buscando tranquilidad. Y ya ves: aquí me aguarda tu ceño adusto de traidor melodramatico. Al pobre Luis, que es la única nota alegre de esta casa, ni le oigo ni le entiendo. Tú dirás el recurso que me queda.

GON. Rosalía, si no sientes el amor, ¿cómo has de sentir la vida?

ROS ¡Ah, la vida! Alguien ha dicho que la vida es un país extraño por el que se viaja á veces sin entender á nadie. ¡Y tenía razón! Todos habláis un idioma que no acierto á comprender.

GON. ¿Y no te gusta el teatro?

Ros. Sí, pero me hace llorar. Las gentes me miran con asombro, burlándose de mí.

Gon. ¿Y por qué?

Ros. Por eso: porque siento, porque lloro. El ridículo me avergüenza, y surge de nuevo ante mis ojos, como fantástica visión, ese país extraño de que nos habla el poeta.

Gon. Eres una criatura original.

Ros. ¿Tú lo ves? No hablamos el mismo idioma. No me comprendes.

Gon. No. Pero, dime: ¿qué buscas en el gran trágico? Algún simbolismo.

Ros. No: solo aspiro á comprenderle. Aprendo á maldecir la adulación y admiro la colosal figura del moro que ahoga entre sus férreas manos á una mujer inocente. ¡Qué grandeza en aquel amor salvaje! ¿No es verdad?..

Gon. Sí: todo eso es hermoso, brutalmente hermoso.

Ros. No: es sencillamente humano. La visión gigantesca, universal, de la vida. ¡Ideales, virtudes, miserias, egoismos! Todo eso, ¿qué es, en definitiva, si no la manifestación eterna de nuestros grandes dolores?

Gon. ¡Ah!... Luego ¡tú comprendes el dolor!

Ros. Lo comprendo á mi manera: en el grito supremo de Jesús... Lo comprendo...

Gon. Entonces, imaginas la intensidad de mi tormento, de mi desesperaeión.

Ros. ¡Desesperación, tormento!... En tus labios, palabras y palabras.

Gon. (Con pasión.) No: sufrimiento horrible, porque tú no me quieres.

Ros. ¡Tontería!... No conoces el dolor. Le confundes con una simple contrariedad. Tú no aprendiste á sufrir.

Gon. ¡Pues lo juro, Rosalía!.. ¡Te adoro! .. ¡Más todavía ¡Te adoro y... me devoran los celos!...

Ros. ¿Tú celos? No es posible... Pero, ¿de quién tienes celos?

Gon. Ya lo sabes. Te gozas en mi tormento.

Ros. Si lo supiera, ¿cómo había de insistir?... ¡Ah! ¡Qué sospecha! .. (Burlándose.) Por ventura, ¿te da celos Pepe Alcázar?

GON. ¡Te burlas!... Sí: ríe ahora, por si tienes que llorar.

ROS. (Levantándose.) ¿Amenazas á mí?... No las consiento.

GON. Ni yo sufro la humillación de que, en mi presencia, se pregunte á todas horas: ¿Qué se sabe de Italia?... ¿Hubo carta de Italia?.. ¿Qué dice Jorge?... ¿Cuándo viene Jorge?

ROS. ¿Y qué mal hago yo en eso?

GON. En tu ingenuidad, ni siquiera lo imaginas.

ROS. ¡Pobre Jorge!... El chicuelo del arroyo; la imagen viva de algo muy triste, pero de algo que brilla entre las negruras de una infancia dolorosa. La criatura infeliz que despertó en mi alma las alegrías de los juegos infantiles, devolviendo á la niña clorótica, moribunda, la vida que le faltaba... Un huérfano, un desvalido que se ampara en el corazón de mi padre y se redime por el trabajo... ¿Es ese, por ventura, el rival odioso y temible conque sueña un mozo de tu linaje y de tus bríos?... ¿Tú, el aristócrata, el hombre de mundo, aceptando el parangón y la beligerancia con un pobre diablo, que ni siquiera sabrá presentarse en un salón?...

GON. Pues entonces, ¿por qué no me das una esperanza? ¡Una sola!

ROS. ¿Y por qué no?

GON. ¡Perdóname! Te ofendí, olvidando que no podrías quererle.

ROS. (Con ironía.) ¡Quién sabe los misterios que guarda el porvenir!

GON. ¿Y tu nombre?

ROS. ¡Ese... me dice que no!

GON. ¿Y tu corazón?

ROS. No... A se no le preguntes... ¡Podría decir que sí!

GON. (Con resolución.) ¡No será mientras yo viva!

ROS. (Retirándose hacia la izquierda.) ¡Ah!... Te sientes vengador y confundes á Durán con un nuevo desterrado de Mántua... ¡Cómo se reiría él si lo supiera!... Por si acaso, no olvides el trágico fin de Teobaldo de Capuleto... Y cuídate, porque te hace mucha falta.

FON. ¡Oyeme, Rosalía, te lo ruego!

ROS. (Desde la puerta, mirándole con marcado desprecio.) Casi casi, voy sospechando que ya empiezas á sufrir. (Vase Rosalía.)

GON. (Con abatimiento.) ¡Y cada vez más arisca!... ¡Ah, Caridad tiene razón!.. ¡Es inabordable!... Y para mí es algo más: ¡imposible!

ESCENA VIII

GONZALO, CARIDAD é ISABEL. Después UN CRIADO y JORGE DURÁN. Gonzalo queda en profundo abatimiento. Caridad é Isabel salen por la izquierda, sin avanzar hacia la escena. Miran á Gonzalo con afectada curiosidad

CAR. ¡Lo de siempre! ¡Mírale!

ISABEL ¡Pobre hijo mío!... Tiene el alma destrozada.

CAR. ¡Qué criatura!

(Jorge, precedido por el Criado, se presenta por el foro.)

CRIADO (Anunciando.) ¡Don Jorge Durán!

(Caridad é Isabel miran á Jorge con asombro. Gonzalo, volviendo la cabeza y levantando los brazos, como quien encuentra donde saciar su despecho.)

GON. ¡Al fin!

(La actitud de los personajes se recomienda al talento de los actores. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón decorado á todo lujo. Puerta al fondo, dos laterales derecha y dos á la izquierda

ESCENA PRIMERA

CARIDAD y DON ADRIÁN. Después HONORATO

D. Ad. (Saliendo por la derecha.) ¿Volvió Jorge?

Car. (Saliendo por la izquierda.) No lo sé. Salió muy temprano. Si quieres, preguntaremos...

D. Ad. No, déjalo.

Car. Adrián, eres el mismo de siempre.

D. Ad. Querida esposa, no eres la misma de antes.

Car. ¡Ni que fuera tu hijo! No basta lo que ya hiciste por él. Era preciso algo más; que viniera á Madrid y que, por añadidura, lo metieras en casa. ¡Esto ya es demasiado!...

D. Ad. Pero, mujer, ¡si viene para dos meses!

Car. ¡Razón de más! Yo comprendo que le sigas dispensando protección ..

D. Ad. ¿Para qué? No le hace falta. Es un hombre que vive de su trabajo. Soy yo quien le solicito. Su obra es casi la mía; su triunfo casi es mi triunfo. Deja que me goce en su ventura. Es bueno, es agradecido. Nos quiere y nos respeta.

Car. ¡No faltaba más!

D. Ad. Sí; necesito oirle, mirarle, para convencerme de que esta pícara Humanidad no es una manada de lobos ó una especie envilecida.

Car. Me aturdes; no sé discutir contigo.

D. Ad. Caridad, ¿tienes confianza en mí?... Habla.

Car. En tu corazón, la tengo; en tus vehemencias, no. Eres demasiado impresionable.

D. Ad. Luego, ¿no apruebas mis actos?

Car. Los apruebe ó los censure, es igual. Al fin, tú eres el que manda en esta casa.

D. Ad. No, no me hables así. Jamás te impuse mi voluntad. Conoces mi vida. Si el desengaño pudiera condicionarla .. ¡Ah! Entonces, sería como todos, como esos maldicientes que á tí y á mí nos inspiran el desprecio. Por ventura, un accidente, un detalle cualquiera, ¿puede torcernos en el camino del bien? No; el bien no es egoísta, no es cauteloso, no es suspicaz. ¡Ni siquiera es calculador! Se hace por entero, noblemente, abriendo los brazos como Jesús y llegando, si es preciso, al sacrificio de la vida.

Car. Adrián, hay sacrificios más grandes...

D. Ad. No te comprendo.

Car. No lo quieres comprender. Olvidas tu situación y la nuestra...

D. Ad. Ahora te comprendo menos.

Car. ¿Y tu hija?

D. Ad. ¡Habla...! ¿Qué es lo que quieres decir?

Car. Que has hecho mal en traer aquí á ese hombre. Se murmura de nosotros...

D. Ad. ¿Hice mal...?

Car. Sí.

D. Ad. Pues yo creo que hice bien. Con tus ridículas sospechas ofendes á ese muchacho, me ofendes á mí y, lo que es peor, ofendes á Rosalía... Caridad, insisto en mi afirmación: no eres la misma de antes.

Car. Adrián, lo repito: eres el mismo de siempre. Débil, generoso, con Durán. Severo, arisco, implacable, con mi hermano.

D. Ad. Por lo visto, hoy es día de reñir. (Enseñándole una carta) ¡Mira!

Car. ¿Qué es eso?

D. Ad. Una carta, en que Honorato me habla de compromisos de honor... ¿Tú sabes lo que eso quiere decir?

Car. No soy tan torpe: que necesita dinero.

D. Ad. El comodín de costumbre. ¡El honor! Hay lenguas que hacen odioso el vocablo.

Car. No te disgustes por eso; ya pagará.

D. Ad. ¿No te importa que nos arrastre en su caída?

Car. ¡Que no me importa! Sí, me importa mucho.

D. Ad. No se conoce, á juzgar por tus debilidades con ese majadero.

Car. Es mi hermano. Si le abandonamos, ¿qué dirían esas gentes por ahí?

D. Ad. De eso no te preocupes. Cuestión de horas; un desenlace previsto. El nuevo trozo de carne lanzado á la voracidad de las fieras. ¡El lo quiso! Que sufra y aprenda el hijo en las desdichas del padre.

Car. Soy la primera en reprobar su conducta. (Honorato aparece por el foro.)

D. Ad. ¡Ahí le tienes! Te dejo. Puedes ser todo lo generosa que quieras. (Retirándose hacia la derecha.)

Car. Adrián, no seas terco, no te vayas.

Hon. Pero, ¿qué sucede?

D. Ad. Nada; que Caridad se queja de que soy duro contigo. No quiero disgustarla. ¡Pide! Aquí tienes un administrador complaciente.

Hon. ¿Estás de broma?

D. Ad. No: hablo en serio. ¿Cuánto necesitas?

Hon. Cinco mil pesetas.

D. Ad. Las tendrás.

Car. ¡Ay, Dios mío! ¡Cuándo tendrá juicio este hombre!

D. Ad. ¿Juicio?... ¡Cuando vuelva á nacer!

Hon. No: ahora también hablo en serio. Pagaré. Tengo en venta mis alcornoques de Nava. Mi colonia británica está de enhorabuena.

D. Ad. Sí. ¡Tus promesas de siempre! Vas derecho á la miseria, á la abyección, al abismo, sin que ni siquiera te acompañe la piedad ajena en tu caída estrepitosa y definitiva.

Hon. ¿Otro sermón?... Mira, Adrián: yo necesito dinero. Los consejos, dáselos á tu chico.

CAR. Por desgracia, los necesitas más que él.
HON. Pero tengo una virtud: no se los pido á nadie. (Isabel aparece por el foro.)
D. AD. (¡La serpiente! Sólo ésta nos faltaba.)

ESCENA II

DICHOS é ISABEL

HON. (A Isabel.) Llegas á tiempo. Ahí le tienes. Está hecho un basilisco. (Señalando á don Adrián que se ha sentado en un sillón.)
ISABEL ¿Láticas de familia? Será inútil preguntar: cuestión de ochavos. ¡Siempre los pícaros ochavos!
D. AD. Veo que tienes mucha penetración.
ISABEL (A Caridad.) ¡Hija, vaya un día de tragín! Esa Elena no es una mujer: es un tranvía eléctrico.
CAR. De compras, eh?
ISABEL ¿Qué sé yo? Hemos corrido mucho. Y como siempre: no hemos comprado nada.
HON. ¿Te contó sus aventuras? Me han dicho que está en amores con un diplomático holandés...
CAR. ¡No dejarás concluir!
ISABEL ¿Quién lo ha dicho?
HON. Quien lo sabe. ¡Mira esta!
CAR. Será un chisme de tu tertulia de viejos.
D. AD. ¡Ya pareció la embajada!
HON. Sí, chico. ¡Y de los Países Bajos!.. Por supuesto, será joven el Ministro...
D. AD.
HON. ¡Quiá!... Un vejete... A ella, naturalmente, le halaga la posición.
HON. ¿La de la plenipotencia?
ISABEL Es claro...
HON. ¿Sí?... Pues está fresca tu amiga.
CAR. ¡Honorato!
D. AD. ¡Siempre el mismo! Tienes razón: no varías.
ISABEL Pues veréis: esa mujer, quieras que no, me ha metido en casa de una francesa que adivina el porvenir por el lenguaje de las flores.
D. AD. ¡Qué monada!

CAR. ¡Qué locura!
ISABEL Ya lo sé; pero Elena es el mismísimo demonio.
D. AD. (¡Buen encuarte! Dios las cría...)
HON. Y dime: ¿qué os augura la sibila?
ISABEL A Elena que se casa con su viejo... A mí, que me espera un gran disgusto.
HON. ¡Comprendido!... Que serás viuda muy pronto, eh?...
ISABEL No me caerá esa breva...
CAR. ¡Qué atrocidad!
HON. Esa francesita acabará con el poco juicio que les queda á las elegantes de Madrid.
D. AD Oye, Isabel: y ese horóscopo fatal, ¿cuánto ha costado?
ISABEL Eso es á voluntad: lo que se quiere.
D. AD. Vamos, unas doscientas pesetas...
ISABEL ¿Quién te lo ha dicho?
CAR. ¡Jesús, María y José!
D. AD (Levantándose indignado.) En el mundo no hay mujer más despreciable.
ISABEL ¡Ah!... ¿Me insultas?
HON. ¡Hace bien! Lo mereces.
ISABEL ¡Pero, Adrián!
D. AD. ¡Dejadme!...¡Estais locos! .¡No hay paciencia que os resista! (Hace mutis por primera derecha.)

ESCENA III

CARIDAD, ISABEL, HONORATO, luego PEPE ALCÁZAR; después ROSÁLIA

HON. (Encarándose con Isabel.) Bueno. Figúrate que por esa tontería, Adrián no me da lo prometido. ¿Qué voy á hacer? Dí. .
ISABEL Lo que yo: ¡fastidiarte!
HON. (Esto no es una mujer: es una calamidad.)
CAR. Isabel, esas locuras son impropias de tu edad. Tiene razón tu marido.
ISABEL Y el tuyo está insoportable.
ALC. (Entrando por el foro.) Señores...
CAR. (¡Este faltaba!)
HON. (Llegas en buena ocasión.)

ALC. (A Caridad.) ¿Cómo va?
CAR. Bien, Alcázar.
ALC. (A Isabel.) Y usted, ¿cómo esa cara tan seria?
ISABEL No es nada: es lo de costumbre. ¡Un empacho de familia!
ALC. Honorato, buenas tardes.
HON. ¡Hola, don José!
ALC. Vengo loco de alegría. ¡Qué discurso!
HON. (Este nos da la puntilla.)
CAR. (Para discursos estamos.)
ALC. Señora: con qué arranque tribunicio nos decía: Hay que ir á la entraña del problema, operar en carne viva, meter la mano en ese avispero que preocupa á los más grandes estadistas de Europa... ¡Transijamos!... Esos espectros vivientes claman con razón, invocan su derecho á la vida, que es anterior y superior á cuanto creó en el mundo el egoísmo de los hombres.
HON. (A Caridad.) ¿Qué tal?... ¿Suena bien el parrafito?
ISABEL Sí: me suena á demagogo.
ALC. ¡Oh, admirable!
CAR. ¡No ví tenacidad como la vuestra!
ISABEL Ni yo esperaba que un Pérez de Guzmán se erigiera en campeón de la gentuza.
CAR. ¿Y qué quieres?... De menos nos hizo Dios.
HON. (A Caridad.) Mira: tú eres buena madre, buena esposa...
CAR. Muchas gracias.
HON. Pero tienes un defecto gravísimo.
CAR. ¿Uno solo?.. ¡Menos mal!
HON. Sí; todo lo ves del color que te lo pinta ese loco.
CAR. ¡Bah!... ¿Y eso es un defecto?
HON. En eso hay mucho de abdicación... Generalmente, las personas de carácter apacible, sometidas á un medio enervador, acaban por parecerse á esos insectos que toman el color de la planta en que viven.
CAR. El símil no revela el mejor gusto.
ALC. (En estos altercados de familia, lo mejor es hacerse el distraído.)
ISABEL De casta le viene al galgo.

CAR. ¡Ah!... ¿Nos encuentras parecido?
ISAB EL Sí, mucho.
HON. Es natural.
CAR. Vosotros sí que os parecéis.
HON. ¡Ah! ¿Soy malo?
ALC. No. ¡Protesto!... Honorato es una buena persona.
HON. Amigo mío: ¿sabe usted en qué consiste mi maldad?.... En haber aprendido á distraerme á tiempo.
ALC. ¡Y tan á tiempo!
ISABEL Que no admito reticencias de mal gusto.
CAR. Acabaréis por reñir.
HON. No: entre esposos, la riña es un pretexto. Con ella se estimulan los arrullos cuando se firma la paz... Pero ya, entre nosotro , un altercado resultaría sencillamente ridículo. ¿No te parece, Isabel?
ISABEL Sí: me parece.
ALC. Caridad, dice usted bien: hacen una pareja envidiable.
CAR. ¡Son felices!
ISABEL ¡La teoría del insecto!
HON. Conque la Miss suprimida, eh?
CAR. Sí.
HON. ¡Qué graciosa!... Tan alegre, tan simpática.
CAR. Tu frescura es increible.
HON. ¡Oh, el encanto de lo imprevisto, de lo nuevo! Para un libertino en decadencia, todas las selvas son vírgenes en el país del amor.
CAR. ¡Y tu mujer tan tranquila! Mírala.
ISABEL Ya lo ves: estoy curada de espanto.
HON. (A Pepe Alcázar.) Y usted, egoistón, ¿cuándo se casa?
ALC. Es difícil: no me quieren. Además, se me ha pasado la edad... Ya sabe usted que el amor, á los veinte años, es un sueño; á los treinta una necesidad, á los cuarenta una costumbre, á los cincuenta un sufrimiento y á los sesenta es una grosería.
HON. Pues hay que decidirse.
ALC. No: ya estoy mal colocado. No llego á la grosería. Me quedo en la costumbre.
HON. Dijo Sthendhal...

CAR. Pero, ¿tú has leído á Sthendhal?

HON. No; le conozco por referencias de segunda mano, como esos eruditos que, en su afán de citar nombres y por presumir de cultos, se parecen á esos viajeros que nos cuentan lo que pasa en el Serrallo, porque han recorrido las calles de Constantinopla.

ALC. Pero, ¿qué dijo Sthendhal?

HON. (Al oído de Pepe Alcázar.) Verá usted cómo salta mi mujer... (Alto.) Pues decía que la dispensa, entre primos y primas, es una inmoralidad.

ISABEL Ese señor no sabe lo que se dice.

HON. (A Pepe Alcázar.) ¿Lo ve usted?

ALC. Sí: le ha dado en lo vivo.

ROS. (Entra muy risueña.) Muy bien, querido tío, muy bien. Tú, como siempre, animando estos salones.

HON. Hija mía, es mi fuerte. Ya no me queda más que eso: conversación. Dame tus años...

ROS. ¿Sobre los tuyos?

HON. No: sin los míos.

ALC. Entonces, miel sobre hojuelas. ¡Amenidad, ingenio, alegría, juventud!

ROS. No siempre la juventud es compañera de la alegría.

ISABEL Filosófica estás.

ROS. Sí: tengo de eso nociones no aprendidas en los libros.

CAR. Rosalía, ¿está dispuesta la Miss?

ROS. Sí. Por lo visto, espera á decirte adiós.

CAR. Voy al instante. Con permiso de ustedes. (Sale por segunda izquierda.)

ALC. (A Rosalía.) Ea: ya sabemos la causa de su tristeza. Se queda usted sin Miss Rosse.

ROS. (Con displicencia.) ¡Me quedo sin tantas cosas! Pero es lo mismo: ya estoy acostumbrada.

ISABEL ¡Buena hipocritona está!

ALC. Yo, francamente, lo siento.

HON. Y yo.

ISABEL ¡Calla, calla, viejo verde!

ALC. ¡Ah! Pero, ¿también?...

ISABEL Sí: le gusta el jamón de York.

ALC. Honorato: mi enhorabuena.

HON. ¿Por qué?
ALC. (Dándole la mano.) Coincidimos en lo del jamón de York.
HON. (Pero, ¡qué imbecil es este hombre!)

ESCENA IV

ROSALÍA, ISABEL, HONORATO, PEPE ALCÁZAR y GONZALO
Después, DON ADRIÁN, UN CRIADO y JORGE DURÁN

HON. (Viendo entrar á Gonzalo por el foro.) Gracias á Dios que amanece. ¿Qué tal, príncipe?
GON. Papá: ¿estás de buen humor?
HON. Sí.
GON. Pues yo no. ¡Déjame!
HON. ¿Cara larga? *Malum signum.*
ROS. (Haciéndose la distraída y sin mirarle.) (¡Algún fracaso en la Peña.)
ALC. (Á Honorato.) Está usted fuerte en latín.
ISABEL Sí, como en todo.
GON. Señores...
ALC Salud, amigo Tovar.
GON. Rosalía, aunque no quieras...
ROS. ¡Hola, primo! Creí que no pensabas volver por esta casa.
GON. ¿Tanto he tardado?
ALC. Cualquiera diría que le echan á usted de menos.
GON. ¡Ojalá! Si lo supiera no volvería.
ROS ¿Por qué?
GON. (Al oído de Rosalía.) Para vengarme de tí.
ROS. Haz la prueba.
GON. Lo sabes tú. ¡No podría! Y vas á conseguirlo.
ROS. Sospecho que no te dará tan fuerte.
GON. Allá veremos.
ROS. Sí, por visto.
ALC. (Viendo salir á don Adrián por segunda derecha.) Querido Jefe...
D. AD. Hola, Alcázar, ¿cómo va?
ALC. Encantado con los donaires de su pariente de usted.
D. AD. Sí, Honorato es muy gracioso.

HON. Favor que me hacen ustedes.
D. AD. (Á Rosalía.) ¿Y tu madre?
ROS. Ahora vuelve. Fué á despedir á la Miss.. (Don Adrián toca el timbre.)
D. AD. (Á Rosalía.) ¿Y no te enfadas?
ISABEL No. Lo toma todo á la inglesa.
ROS. Ya lo ves: te han contestado por mí.
D. AD. (A Rosalía.) ¡Pobre hija mía! (Acariciándola.) Aquí nadie te comprende.
ROS. Menos tú. Ya lo sé.
D. AD. ¡Qué buena eres! (Al criado que aparece por el foro.) Que venga el señor Durán. (Vase el criado.)
GON. (¡El marmolista!)
HON. Bien, hombre. ¿Hoy das la alternativa á tu huesped?
D. AD. A mi amigo, sí. Quiero que os conozca, que os trate en plena intimidad, que frecuente mi salón.
ROS. (Así aprenderá á despreciaros.)
ISABEL Sí; le conviene. Es bueno que se acostumbre, que conozca los rudimentos de la educación social.
D. AD. (Reprendiéndola.) ¡Isabel! Te hacen falta rudimentos de prudencia. Yo te ruego...
ISABEL No hay cuidado. (Al oído de Alcázar.) Nos vamos á divertir.
ROS. (¡Qué mala es esta mujer!)
JORGE (Apareciendo por el foro.) Señor: ¿me llamaba usted?
D. AD. Sí, le llamaba. Querido Alcázar. (Presentándole.) Mi amigo Jorge Durán, un revolucionario del Arte.
HON. (¡Revolucionario! Los amigos de Adrián.)
GON. (Lo dicho: un lacayo con mal sastre.)
ALC. (Tendiéndole la mano.) Tengo un verdadero placer en saludarle, en ofrecerme...
JORGE Mil gracias. Disponga usted de mí. Nada valgo...
ALC. No. Yo sé lo que vale usted.
JORGE (Con modestia.) ¡Nada!... Mi obra, mis afanes, todo se hubiera perdido sin el apoyo de un gran corazón, el Cristo milagroso de este Lázaro de la selva.

D. Ad. ¡Así hablan los que sienten! Jorge, ¡estos son mis brazos!

Jorge (Con ademán de arrojarse á sus pies.) ¡Señor!

D. Ad. (Sujetándole.) ¡No, eso nunca!... Arriba, á mi altura, mirándome á los ojos, como se miran los hombres.

Jorge ¡Gracias, don Adrián, muchas gracias!

D. Ad. (Presentándole.) Isabel, Honorato; es de los míos... Tratadle como merece: os lo ruego.

Hon. Sí.

Jorge (Con humildad.) Don Adrián, me confunde.

Isabel Y es muy bueno, ¿verdad?...

Ros. (Están rabiando.)

Jorge ¡El más bueno de los hombres!

Gon. (Servil, adulador... ¡Ah, no desmiente su casta!)

Isabel (A Jorge mirándole á través de unos impertinentes.) Está usted muy variado.

Jorge En efecto.

Alc. (Es simpático este chico.)

Jorge Rosalía me recuerda mejor... No es extraño, señora, que usted me encuentre desconocido. Han pasado algunos años... Conserva usted de mí la impresión lejana de un chicuelo descalzo y mal vestido, con su burda camisilla hecha girones, enseñando sus ya curtidas carnes amoratadas por los mordiscos del cierzo... Tiene usted razón: ¡no soy el mismo!... Aquella criatura salvaje, es hoy un hombre disfrazado de persona decente.

Isabel No: una persona decente sin disfraz... Estamos seguros de ello.

Jorge ¿Usted lo cree?

Isabel Sí.

Ros ¡Lástima fuera!

Hon. (A Jorge.) Italia será un país delicioso... Y qué, ¿se ha divertido usted mucho?

Jorge No me quedaba tiempo para eso... Mis estudios, mi taller, mis recuerdos de España.

Hon. Ustedes viven en un mundo especial.

Jorge Dice usted bien: nos conoce... Sí: es una gran desgracia vivir con la imaginación en las nubes y los pies sobre el mísero adoquín.

Ros. (¡Oh, qué ingeniosa ironía!)

HON. (Sospecho que me han llamado adoquín.)

D. AD. (A Jorge.) ¿Y del grupo «Libertad», qué? ¿Un escándalo en París?

JORGE Los franceses tienen algo de nosotros. Suelen entusiasmarse, algunas veces, sin motivo.

D. AD. No: generalmente, allí se hace justicia... Ya fué un acierto la elección de asunto... Pero no hay que dormirse en los laureles.

JORGE Don Adrián: tengo por religión el trabajo.

D. AD. Ese, ese es el camino... Los que, como usted, traen aires de renovación y de combate, deben ofrecer días de gloria á este pobre país, necesitado de espíritus animosos... Cuando la libertad resplandece en la idea y en la forma, el arte necesita el ambiente de la calle, y es la alegría del pueblo, de este gran pueblo de los nobles heroismos, que así mantiene en su espíritu el sentimiento de la belleza.

JORGE ¡Habla usted como un maestro!...

D. AD. No: admiro como un idólatra.

ISABEL ¡Ah!... ¿Con que también artista?

D. AD. Nada más que aficionado...

JORGE (A don Adrián.) ¿Tiene usted predilección por escuela determinada?

D. AD. No: en las obras de arte, busco un temperamento. A veces, soy pagano...

HON. (¡Y tan pagano!)

JORGE Don Adrián es un artista de corazón.

D. AD. Vamos, no se burle usted.

GON. (¡Adulación se llama esa figura!)

ALC. (Este chico irá muy lejos.)

ROS. (A Jorge.) ¿Usted qué va á decir?

JORGE La verdad, Rosalía... No conozco otro lenguaje.

D. AD. (A Jorge.) ¿Tiene usted ya comprador?

JORGE Sí: un caprichoso... ¡Cincuenta mil francos!... Para mí una fortuna.

D. AD. No es gran cosa.

HON. ¡Diantre!... Pues no es un grano de anís.

ROS. Y qué, ¿vuelve usted contento á España?

JORGE ¡Ah, contentísimo!... Llegué con ansia de abrazar á mi madre. ¡Es el único afecto que me queda!... La presión de aquellos brazos

que fueron mi cuna, la caricia de aquellas manos que fueron mi sustento, han dejado en mi alma una impresión inefable... Quise traerla aquí, donde le brindaba mi afecto una vejez tranquila... ¡Todo inútil!... No hay fuerzas humanas que la arranquen de aquel hogar que le recuerda y le habla de su juventud, de mi niñez, de sus más tiernos amores... ¡Ah!... La tierra, aquella querida tierra que yo regué con mis lágrimas, le ofrerá eterno asilo en sus entrañas piadosas.

ROS. Tiene usted buen corazón.

ISABEL Y es un buen hijo.

JORGE ¡Como todos!

D. AND. ¡Por Dios! No hay que aflgirse... Mariana está buena, está fuerte... Aún vivirá mucho tiempo.

JORGE Sí: viviría si pudiera ofrecerle todo el vigor que me sobra.

(Un Criado entrega una tarjeta á don Adrián)

ISABEL (A Pepe Alcázar.) Apela á todo: está en turno la nota sentimental.

D. AND. (Al Criado.) Ese señor, que pase á mi despacho. (A Jorge.) Les dejo un momento.. Ya ve usted que le trato con entera confianza.

JORGE ¡No faltaría más!...

D. AND. Pues hasta luego.

JORGE Sí; hasta luego.

HON. Alcázar; le juego á usted un *bézigue*... Dos durillos, eh?... Nada más que dos durillos.

ALC. Sí; vamos... (Saliendo del brazo de Honorato.) (A este le vuelve á dar rubicón.) (Honorato y Alcázar hacen mutis por segunda derecha.)

ESCENA V

ROSALÍA, ISABEL, JORGE DURÁN, GONZALO y CARIDAD

JORGE Sin darme cuenta, habré molestado á ustedes con mis sensiblerías ridículas.

(Caridad sale por la izquierda.)

ROS. Al contrario. Las palabras de usted deben sonar á melodía en el oído de las madres.

CAR. Es verdad. Y eso que los hijos son ingratos casi siempre.

ROS Pero Jorge no lo es.

JORGE Ni concibo tan odiosa condición.

ISABEL Señor Durán, por desgracia, la ingratitud es cosecha segura de los que siembran el bien. Usted será la excepción. No lo dudo.

CAR. Y bien lo puede decir.

JORGE Sí: porque todo lo debo á la generosidad de ustedes, sin la que no llenaría la aspiración de mi vida.

GON. Con medios, todo se alcanza.

CAR. ¡No siempre! A tí te sobran, y, sin embargo, no llegarás nunca.

GON. ¡Quién sabe!

ROS. Lo que vale es el esfuerzo, el sacrificio.

JORGE Mucho sufrí, ¿á qué negarlo? Cuando se tiene fe en un ideal, puede llegarse á lo alto... Pero, ¡cómo se llega!... Dejando en el camino un reguero de lágrimas y sangre... A veces, agotando en la odisea todas las energías del espíritu.

ROS. ¡Así sucumben tantos!

CAR. Pero usted se salvó porque pensaría en su madre.

JORGE Cierto, sí: pensaba en ella, como pensaba en ustedes.

ROS. ¿Y se acordaba del diablillo que le hacía á usted rabiar?

JORGE Sí, Rosalía: su imagen jamás se apartó de mí. Lejos de España, en la fría soledad de mi estudio, mi pensamiento, en plena fiebre de lucha, se abstraía contemplando los contornos luminosos de una criatura ideal, enenfermita, siempre tan buena para mí... ¡Ah! No hubiera sobrevivido á mis grandes infortunios sin ese dulce recuerdo que brillaba en mi espíritu como el sol de la esperanza.

ROS. En usted, han vencido juntas la fe y la voluntad.

JORGE Sin ellas, ¿qué fuera yo? Un vencido, un pobre diablo.

GON. (¡Qué bien habla este genízaro!)

CAR. La adversidad ha hecho de usted un carácter.

JORGE Es posible.

ISABEL (Y un tunante de los de marca mayor.)

ROS. Pues de niño ya era así... Le recuerdo muy bien... Era una tarde espléndida. En uno de mis paseos por la quinta, observé que una flor gallardeaba entre las grietas del muro más alto de nuestro castillo ruinoso... La miré, como se mira un imposible. El peligro hizo prudente á la niña caprichosa. No me atreví á pedirla: fué Jorge quien adivinó el deseo. Sin vacilar, con ahinco, trepaba por el muro, cuando se desgajó una de las ramas que le servían de asidero... Le ví caer y lancé un grito de espanto. Se levantó presuroso. ¡No desistía!

CAR. Pues debió desistir: era una temeridad.

ISABEL (Con sorna.) ¡Hubiera sido una lástima!

GON. Sigue: nos interesa el relato. ¡Sigue!

ROS. Pues entonces, rojo de vergüenza y de coraje, con las manos ensangrentadas, sin mirarme siquiera, emprendió de nuevo el asalto con más bríos .. Parecía que le empujaba hacia arriba una fuerza sobrenatural!... Después de una penosa ascensión, la pobre criatura, jadeante, cabalgaba victoriosa en lo más alto del muro. La codiciada presa cayó al fin en sus manos, y un momento después, estaba entre las mías.

GON. Muy bonito.

JORGE ¡Diabluras de la edad!... Hoy no podría repetir la hazaña. Me faltarían las fuerzas.

CAR. Ya hemos visto que le sobran.

ISABEL Y las conserva para más altos empeños.

JORGE Señora, las osadías del espíritu se desvanecen en la realidad, como una mancha gris sobre un fondo blanquecino.

GON. ¿Desconfía usted, cuando todo le sonríe?

JORGE (Con desaliento.) Sí, desconfío.

ROS ¿Por qué?

JORGE Me sería difícil explicarlo... Ciertamente, nunca estamos tan contentos como el día en que huimos de la felicidad.

ROS. ¡Ah!... Pero, ¿usted huye de ella?

JORGE No: la busco á todas horas... Pero el hallazgo es difícil... Rosalía, la felicidad es el fantasma de que nos habla el filósofo... La eterna sombra de la ilusión, esa que huye siempre delante de nosotros, y de la que sólo vemos el polvo que levantan sus pies y las chispas con que alumbra su camino al chocar con los guijarros.

ROS. ¡Ingeniosa descripción de lo que no existe. en la tierra!

CAR. Cierto, hija mía.

ISABEL ¡Y tan cierto!

JORGE ¡Ah!... Ya veo que la incredulidad es contagiosa.

ROS. (Sonriéndose.) ¡Pero Jorge, por Dios! ¿Cómo quiere usted que yo crea en un fantasma?

ISABEL Por lo visto, entre la gente del pueblo aún hay quien cree en brujas, eh?..

JORGE Señora, ignoro si hay quien lo crea... Lo que afirmo es que las hay. (Jorge se distrae un momento mirando á Isabel, que le vuelve la espalda.)

ISABEL (Este paleto me está poniendo nerviosa.)

GON. (¡Qué insolente!) (Pausa.)

JORGE (A Rosalía.) ¿Decía usted?...

ROS. (Con alguna turbación.) Sí... Decía... No, pues no decía nada.

JORGE (¿Habré dicho una insolencia?)

GON. Amigo mío, no en balde se le quiere en esta casa.

JORGE ¿Llega á tanto la bondad de estos señores?

GON. ¡Que si llega!... Ya ve usted: hasta sus triunfos los celebran como propios.

JORGE ¡Y no les falta razón!... Cuando los tenga, será de los dueños de esta casa la parte principal.

CAR. Vamos, no insista usted, se lo ruego.

JORGE Pues no insisto... Pero esa es la verdad.

GON. Sí; ¡la verdad ante todo!... En la obra, vosotros habréis puesto el capital: este señor su trabajo... ¡Es un triunfo en colaboración!

JORGE (Mirándole con fijeza.) Cabalmente.

CAR. (Reconviniéndole.) Sobrino: la urbanidad es de los hombres de tu clase. Yo te ruego...

ROS. (¡Pobre Jorge!)

GON. Explicaré mis palabras.

JORGE No; de ninguna manera... La verdad sólo ofende á los malvados y á los imbéciles. Su afirmación es exacta. Sí. Estamos perfectamente de acuerdo.

GON. Ya lo veis; huelga toda explicación.

ROS (A Jorge.) Sí; mi primo lo sacrifica todo á la agudeza de la frase... Es un bromista... ¡Ya lo irá usted conociendo!

JORGE ¡Perdóneme usted!... Es falta de costumbre...

ROS. ¡Hay tanto que perdonar!...

ISABEL (A Jorge.) Y usted, ¿se queda en Madrid?

JORGE No lo sé: dependerá de circunstancias diversas.

GON. ¿Quién lo duda?... Sí: se queda... Los artistas sienten inclinación al gran mundo... Además, á los triunfos de taller, no les va mal un éxito de salón.

JORGE ¿Y el ingenio?... ¿Y la cultura?... No: esos triunfos... le corresponden á usted.

CAR. (Levantándose.) Isabel, se acerca la hora de la comida. ¿Quieres arreglarte un poco?..

ISABEL Sí; me parece buena idea. Vamos.

ROS. (Comprendido: queréis que se queden solos. ¿Qué intentará ese malvado?)

ISABEL ¿Vamos, Caridad?

CAR. Sí, vamos.

JORGE (Inclinando la cabeza.) ¡Señora!

ROS. Adiós, Jorge.

JORGE Hasta después, Rosalía.

(Rosalía, Caridad é Isabel hacen mutis por la segunda izquierda. Jorge sigue con la mirada á Rosalía hasta que esta desaparece.)

GON. (¡Con qué arrobamiento la mira! ¡Se quieren! ¡Pero yo lo impediré!)

ESCENA VI

JORGE y GONZALO. Después ROSALIA. Al volverse Jorge se encuentra con la mirada de Gonzalo, que sonríe irónicamente, moviendo la cabeza. Media un instante de silencio. Jorge sostiene con firmeza la mirada de Gonzalo.

GON. (Entre indignado y zumbón.) Qué trazos, eh?.. ¡Qué gallardía en las curvas!

JORGE ¡Oh, la curva!... Sí; es la línea de la belleza. Sólo á los tontos no les encanta lo bello.

GON. (Acercándose.) Vamos, en confianza: estamos solos... ¿Es verdad que le gusta á usted mi prima?

JORGE ¡Y cómo no! ¡Es un ángel!... Sí. ¡Desde muy niña la quiero!

GON. ¡Tiene arraigo ese cariño!

JORGE No es extraño... Rosalía es un conjunto de perfecciones... El ideal hecho carne. Ella es la juventud, ella la vida... ¡Imposible negarle admiración!

GON. Señor Durán, pronto hizo usted su camino.

JORGE ¡Ah!... ¿Mi camino?... ¿Mi calvario?... No: ¡no me lo recuerde usted!

GON. Sí; comprendo que le atormente el pasado.

JORGE (Con altivez.) Atormentarme, ¿por qué?... ¡No! Si mi pasado es mi orgullo, si es mi gloria... ¡Hable usted!... ¿Qué es lo que quiere decir?

GON. Nada: no hay que alarmarse.

JORGE Entonces, no le comprendo... Es decir, no le quiero comprender.

GON. Pues decía que, á juzgar por los bríos con que empieza, Madrid será estrecho para usted.

JORGE Al contrario· es muy ancho para mí... (Al ver que Gonzalo ríe á carcajadas.) Sí, ría usted... Esa máscara, ese gesto, no engañan á los que sufren... Yo no confundo la risa con muecas de amargura ó de despecho.

GON. ¡Ah!... Luego, ¿soy un hipócrita?

JORGE No; en todo caso sería usted indiscreto... De

otra suerte, no tendría explicación el interrogatorio á que me somete usted.

GON. La tendría...

JORGE Por si acaso, óigalo bien... Donde llegue Jorge Durán, será por la línea recta.

GON. (Con desprecio.) Por ahí no se va más qué á la muerte ó al ridículo.

JORGE ¡No me importa!... Iré hasta donde pueda.

GON. Ya le atajarán el paso. Y muy pronto.

JORGE ¿Quién, usted?

GON. ¡Sí, yo mismo!

JORGE Señor Tovar... (Riendo.) ¡Ahora es cuando yo me río!

GON. Pues yo no... Durán, es preciso convenir en que ciertas pretensiones no se explican viniendo de tan bajo.

JORGE (Con arrogancia.) Usted lo ha dicho, sí: vengo de abajo, de las cavernas del infierno, donde sufren los humildes, donde no impera la justicia... El azar me coloca entre los grandes y, sin embargo, no siento el vértigo de la altura. Le miro á usted de cerca, y de tal suerte se achican los contornos de su figura, que acaba por convertirse en átomo lo que, á cierta distancia, parecía colosal...

GON. ¡Sí, comprendido!... Un fenómeno de óptica por el que usted supone que á mí me ocurre todo lo contrario. ¿No es así?

JORGE Señor Tovar, lo bueno y lo útil, cuando tienen por reactivos la voluntad y el trabajo, se transforma de igual modo en la gran retorta de la Creación.

GON. Señor Durán, un lacayo como usted, sólo puede transformarse en un ambicioso vulgar...

JORGE De un lacayo, nace un hombre de vergüenza... De esas larvas miserables, que engendraron la maldad y el egoismo en un desperezo de lujuria, sólo nacen los reptiles inmundos y los insectos venenosos.

GON. ¡Acabemos!

JORGE ¡Sí, acabemos!... ¿Qué se pretende de mí?

ROS. (Desde el interior de segunda izquierda.) ¡Pobre Jorge!... ¡Qué manera de hostigarle!

GON. Exijo que salga usted de esta casa.

JORGE ¡Es inútil!... Para vengar rencores de otro linaje, es indigno buscar en Rosalía un pretexto. El odio tiene ancho campo en la injuria.

GON. ¡Fuera de aquí!... ¡Pronto!... Antes que le arroje á usted.

JORGE Señor Tovar...

GON. ¡Pronto, he dicho!... ¡Miserable!

JORGE ¡Ah!... (Cogiéndole fuertemente por el cuello.) ¡Calle usted .. calle usted ó no respondo de mí!

ROS. (Por segunda izquierda.) Pero, ¿qué es esto?

JORGE Rosalía, necesito su perdón. ¡No supe lo que hice!... Me insultaron, perdí la serenidad.

ROS. Jorge: no tiene usted que excusarse... Lo oí todo.

GON. ¡Ah! ¡Nos vigilabas!

ROS. Sí: os vigilaba, porque conocía tu intención.

GON. ¿Y vienes á defenderle?

ROS. Al contrario: vengo á defenderte á tí... Te ví en peligro, en gravísimo peligro.

GON. ¡Esto más!... ¡Qué humillación!

JORGE (Suplicante.) ¡Rosalía!

ROS. Jorge, perdónelo usted. Está loco.

GON. (Con arrogancia.) No: antes que su perdón, ¡tu odio! Sí. Tu odio mil veces.

ROS. ¡Eso quisieras tú!

GON. ¡Ah!... Me desprecias.

ROS. Eso es poco. No: ¡te compadezco!...

ESCENA VII

DICHOS, HONORATO y PEPE ALCÁZAR. Después DON ADRIÁN, CARIDAD, ISABEL y UN CRIADO

HON. (Entrando por segunda derecha, del brazo con Pepe Alcázar.) Amigo mío: es usted un adversario formidable... No hay quien pueda con usted.

ALC. Son *ellas* que me protegen. (Le he vuelto á dar rubicón.)

D. AD. (Por primera derecha.) ¡Qué pesado es ese demonio de hombre!

ALC. ¿Algún pretendiente?

D. Ad. Sí: el de todos los días... (Toca el timbre.)

Car. (Saliendo con Isabel por segunda izquierda.) ¿Qué tal, Jorge?... No se habrá aburrido.

Jorge ¡Oh, señora!... No: lo he pasado muy bien.

D. Ad. (Al Criado que aparece por el foro.) La comida.

Criado El señor está servido.

D. Ad. Pues á comer.

Alc. Sí: los problemas graves se resuelven con más acierto durante una buena digestión.

D. Ad. Ea: les indicaré el camino.

(Todos avanzan hacia el foro, menos Isabel y Jorge que quedan los últimos.)

Gon. (Al oído de Isabel.) ¡Hasta luego!

Isabel ¿Cómo es eso?... ¿No te quedas?

Gon. No: tu hijo no se sienta donde se siente ese hombre... (Acercándose á Jorge.) ¡Nos veremos!

Jorge ¡Ah, sí!... Nos veremos pronto... ¡Cuanto más pronto, mejor! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior

ESCENA PRIMERA

ROSALÍA y LUISITO

(Luis, desde la segunda derecha, se dirige hacia la puerta del fondo, al mismo tiempo que sale Rosalía por primera izquierda.)

ROS. (Llamándole.) ¡Luis!

LUISITO (Contrariado.) Déjame: estoy deprisa.

ROS. ¿Qué te pasa?

LUISITO ¡A mamá se le ocurren unas cosas!... Figúrate: quiere que le haga compañía al imbécil de tu primo. ¿Te parece?...

ROS. ¿Y cómo está?

LUISITO ¡Si está bien! Total, una herida que se cura en quince días. Algo peor está el otro...

ROS. (Con inquietud.) ¿Jorge?

LUISITO Sí. El pobre está avergonzado. Figúrate que á papá, casi su Dios, le dió palabra de no batirse. ¡Y ha faltado á su palabra!

ROS. Le obligarían...

LUISITO Es claro; nadie se bate por gusto.

ROS. ¡Pobre Jorge!

LUISITO Me da lástima. Es tan bueno, tan cariñoso, tan inteligente...

ROS. (Con vehemencia) Y tú le quieres... ¿verdad?

LUISITO Sospecho que quien le quiere eres tú.
ROS. ¡Déjame!
LUISITO ¡Ah! ¿Ya quieres que te deje?
ROS Sí. Vé á cumplir el encargo de mamá.
LUISITO Conste que voy á disgusto, eh?
ROS. (Riendo.) ¿Más que á estudiar la Mecánica?
LUISITO (Saliendo por el foro.) Mucho, pero muchísimo más. ¡Qué fastidio! ¡Maldita suerte la mía!
ROS. ¡Qué bueno es el pobre Luis!... (Pausa.) Hoy no subirá tampoco... ¡Aborrecedle, injuriadle!... ¡Ya era hora que lo hiciérais con razón!

ESCENA II

ROSALÍA y CARIDAD

CAR. (Por segunda izquierda.) ¡Qué obstinación, qué carácter!
ROS. ¡Oh!... ¿Eres tú?... ¡Qué alegría!
CAR. Mal se conoce. Dices que te alegras y busces la soledad. Te apartas de los tuyos... ¿Qué te hicimos para que huyas de nosotros?
ROS. Sigues injusta conmigo. ¿Dónde estaría mejor, ni más segura de un leal afecto que en los brazos de mi madre?
CAR. Estás nerviosa... Me ocultas algo, y yo quiero, es decir, yo debo saberlo todo. ¿Qué tienes?...
ROS. No insistas: si algún pesar me afligiera, á nadie con más confianza puedo abrir mi corazón.
CAR. Rosalía, tu infeliz primo se muere.
ROS. Os alarmais sin motivo... No tiene nada.
CAR. ¡Y lo dices así, tan tranquila!... No es un extraño.
ROS. ¿Y qué importa?... Dios fué compasivo con él... Quiso matar, falló el golpe... Sí, es justo que sufra, ¡para que aprenda!
CAR. Pero, ¿aún tienes valor?...
ROS. Sé lo que vas á decir; para defender á Jorge.... ¿No es eso?... Pues sí; le tengo ¡para luchar contra todos!

CAR. ¡Ah!... ¿Contra tu madre? ¡Rosalía!

ROS. ¡Contra tí!... ¡Qué disparate!... No me hagais caso. ¡Estoy loca!

CAR. Pero loca de atar... ¡Pobre hija mía!

ROS. ¿No quisiste que hablara con franqueza?

CAR. Esto es una pesadilla.

ROS. Pues abre los ojos á la luz.. Tú no eres como esos hipócritas que no comprenden, que no pueden comprender á Jorge. No le mires á través de una engañosa visión retrospectiva... ¡Mírale como es hoy!... ¡Ah! Si le miraras así, ¡acabarías por quererle!

CAR. ¡Imposible!... No confiesas su maldad.

ROS. Ni tú cedes en tu error... Desde esa puerta oí á Gonzalo maltratar á Jorge, volcando sobre su nombre y sobre su origen un montón de adjetivos injuriosos... Quiso arrojarle de aquí; le provocó... ¡Ha querido asesinarle!

CAR. ¡Rosalía!

ROS. Sí, esta es la palabra; ¡asesinarle!... Durán aceptó el reto, como quien se resigna al sacrificio.

CAR. ¡Vaya una resignación!

ROS. Pues, ¿qué querías?... Entre matar ó morir, en un hombre lleno de vida y de esperanzas, ¿es dudosa la elección? No. Jorge cumplió su deber.

CAR. ¡No sigas!... Tratándose de nosotros, ese hombre debió eludir el encuentro.

ROS. ¡Ah, vamos, sí!... Tú querías que se dejara pisotear el corazón, que no tuviera dignidad, que le escupieran á la cara.. No... Eso fuera una insigne cobardía. ¡Tú serías la primera en despreciarle!

CAR. ¿Por qué, si evitaba una desgracia?

ROS. No: de todas suerte, le trataríais con rigor. Acepta el reto... ¿Hiere ó mata?.. ¡Es un infame! ¿No lo acepta?... Pues no es un hombre de honor... En tal cruel disyuntiva, ¿qué recurso le dejáis á un hombre honrado?

CAR. ¡Y lo preguntas!... Refrenar su codicia inverosímil. Al fin, Gonzalo defiende lo suyo.

ROS. ¡Ah!... ¡Y lo suyo soy yo!... Luego tu pobre hija tiene dueño.

CAR. No; pero tiene un nombre, tiene deberes que cumplir.

ROS. ¿Y no los cumplo? ¿En qué fundas ese reproche que me hiere? ¿Hay algo en mi conducta que no merezca tu aprobación?...

CAR. En tu conducta, no. En tu pensamiento, sí.

ROS. No: por la amenaza, por la violencia, no se llega al corazón... Podréis sacrificarme, ahogar mis sentimientos en nombre de un deber que, en el fondo, es una tiranía... Pero convencerme de que Jorge no es digno de mi afecto, no... Eso, ¡no lo conseguiréis! ¡Os lo juro!

CAR. Lo merece... ¿Acaso lo pongo en duda? Lo que no acepto, ni aceptaré, es una cosa: su insensata pretensión.

ROS. Eso no se discute... Lo que os falta averiguar ahora es si lo merezco yo.

CAR. Pronto olvidaste una tristísima historia.

ROS. ¿Sí? Pues no me la recuerdes.

CAR. Es preciso... El padre de ese muchacho fué colono de tu padre.

ROS. Lo sabía, como sé que mi padre es un hombre de conciencia y devolvió en una forma muy delicada lo que, en rigor, no era suyo... Porque aquel hombre fué trabajador y honrado... ¿No es cierto?

CAR. (Vacilando.) Sí... Estabas casi á la muerte: me quedaba sin hija y no había consuelo para mí.

ROS. ¿Tú lo ves?... ¡Al fin, mi madre!... ¡Lo más santo, lo más hermoso, lo más puro!... (Abrazándola.) No podías parecerte á los demás.

CAR. Entonces, lloré mucho... Los médicos aconsejaron la vida de campo... Tu salud lo exigía... ¡Imposible vacilar!

ROS. (Con impaciencia.) ¡Sigue!

CAR. Te llevamos á nuestra finca de la Montaña... Allí conociste á Jorge.

ROS. ¡Cierto!

CAR. Era un chico como tú.

ROS. No: protesto... Era más fuerte, más robusto y más hermoso que yo.

CAR. El chicuelo, á falta de otras niñas de tu

edad, jugaba y corría contigo en la glorieta del jardín. ¡Aquello te dió la vida!... La salud hizo, al fin, su aparición en tus mejillas de rosa... ¡Y enloquecí de alegría!

ROS. ¿Y qué?... ¿Acabaste por quererle?... ¿No es verdad?

CAR. (Eludiendo la respuesta.) Los fríos apresuraron nuestro regreso. Encariñada tú con aquel diablillo, te obstinaste en que viniera á Madrid.

ROS. Le debía la vida. Era lo más natural. ¿No te parece?

CAR. Te dió un ataque de nervios: nos resistimos.

ROS. Pero, al fin...

CAR. Sí, Rosalía, cedimos... Ya el chico aquí...

ROS. ¡Basta, no sigas!... Entonces, se os ocurrió hacer de Jorge un lacayo. ¡Qué iniquidad!

CAR. ¡Ah, lo recuerdas!

ROS. ¡Cómo no, si esa historia la estás leyendo en mi alma!

CAR. ¿Y qué otra cosa podía ser á tu lado?

ROS. Lo que es hoy por vuestro buen corazón.

CAR. Sí: del que acaso tendré que...

ROS. (Cortando la frase.) No: ¡no lo acabes de decir!... Mancharía tus labios esa frase... Las almas como la tuya no se arrepienten ni se paran á la mitad del camino. Riqueza, posición, un nombre ilustre, todo me lo dais con sobrada esplendidez... Al fin, haré vuestra voluntad... Pero, entretanto, dejadme que le quiera, que le admire en silencio.

CAR. Pero, ¿qué has visto en él, hija mía?

ROS. No lo sé: algo que no veo en los demás, que me deslumbra y que me atrae.

CAR. ¡Dices bien!... ¡Es la atracción del abismo!

ESCENA III

ROSALÍA, CARIDAD y JORGE

JORGE (Entrando por el foro.) Señora: debo á ustedes una franca explicación.

CAR. Durán: ya es inútil. No se canse usted.

JORGE Soy el primero en lamentar lo ocurrido.
CAR. En efecto, es lamentable.
ROS. Sí, pero nada más que lamentable.
CAR. Rosalía, no olvides que conozco mi deber. Tu mediación es inútil.
ROS. Lo supongo. Por eso no hago más que insistir en tu juicio.
JORGE Hice mal, lo confieso... Mi torpeza, mi falta de costumbre, no alcanzaron la forma de evitarlo. Procuré que mi paciencia llegara donde llega para ustedes mi respeto.
CAR. Si no temiera ofenderle, dudaría.
JORGE Señora, cuanto venga de usted, lo sufro todo.
ROS. (¡Me subleva la injusticia!)
JORGE Me abordó cuando salí de esta casa. Mi serenidad le enfurecía y acabó por agarrarse á mi cuello, vomitando soeces injurias contra lo más sagrado para mí... Rechacé la agresión, acudió gente... Después, los amigos oficiosos, y por último, un duelo concertado... A él fuí, señora, faltando á una promesa, pero cumpliendo un deber inexcusable, pidiendo á Dios con toda el alma que un certero disparo pusiera punto final á mi suplicio... Me dejé colocar como un autómata, disparamos, le ví caer, y me acerqué con horror, creyéndome homicida... No, por fortuna no lo soy. Fuí á estrechar su mano y me rechazó, pidiendo á voces que continuara el desafío. Notoria en aquel instante su inferioridad, nuestros amigos se opusieron... Me odia. Pero hay que hacerle justicia. Es un adversario leal y ¡es un valiente!
ROS. Y usted un caballero.
JORGE ¡Como todos!
CAR. Nadie lo puso en duda en esta casa.
ROS. Ya ve usted: no se explica su temor en venir.
JORGE ¡No, Rosalía!... Es que he tenido que hacer.
ROS. ¡Ah, vamos!... Alguna obra de arte.
JORGE No: en estos días de encierro, me ocupo en un proceso mental.
ROS. ¿Un proceso?... ¡Bah!... Delirios, cavilaciones de artista.

JORGE ¡Hablo en serio!... Me falta una sola indagatoria... En seguida, la sentencia.
CAR. ¡Ah! ¿Interviene la justicia?... ¿Hay proceso?
JORGE Sí: un proceso original.
CAR. Luego, ¿existe un delincuente?
JORGE Eso dicen, y cuando tantos lo dicen, llego á dudar si lo dicen con razón.
CAR. ¿Y es el reo?
JORGE Un hombre honrado.
CAR. ¿Y qué es lo que se le imputa?
JORGE Señora, delito de redención.
CAR. ¿Tuvo cómplices?
JORGE Sí, tuvo un cómplice. Uno sólo: el triunfo.
ROS. Y es claro, ¿tendría un móvil?
JORGE Lo tenía, y es el de siempre: ¡el amor!
ROS. Entonces, acusará el privilegio.
CAR. Que será inexorable...
ROS. Y usted, defensor de ese reo, ¿qué pide?
JORGE Un imposible. ¡Justicia!
ROS. ¿Hay jurado?
JORGE Sí, le hay... ¡Una mujer!
ROS. ¿Y tribunal?
JORGE El más alto de todos: ¡el de Dios!
ROS Entonces, será misericordioso.
JORGE ¿Para qué?... Le bastará con ser justo.
ROS En todo caso, su bondad le indultaría.
JORGE No: el indulto para el criminal. Para este reo no hay más que la absolución.
CAR. ¿Y la imprudencia?... Habría que castigarla.
JORGE ¿Y cómo?
CAR. Con el destierro.
JORGE (A Rosalía.) Ya lo ve usted: está previsto el final.
CAR. No diré tanto.
JORGE Señora, ha dicho usted lo bastante.
ROS. ¿Y usted se resigna?
JORGE Sí, me resigno... El prófugo de la selva aquí estorba.
ROS. Aquí, ¿por qué?
JORGE (Retirándose hacia el fondo.) Su madre de usted lo sabe... (Despidiéndose.) Señora...
CAR. (Con indiferencia.) Adiós, Durán.
ROS. ¡Qué injusticia!.. ¿Y así le dejas salir?
CAR. Pero, ¿voy á detenerle?

JORGE (Desde el foro.) No: ya lo ve usted... No me arrojan: saldré por mi voluntad... Adiós, Rosalía... Cuanto sufrí, cuanto anheló mi esperanza, todo, ¿qué ha sido al fin?... Un sueño que se disipa... Mi vida, un espejismo engañoso... Mi ilusión, una flor que se deshoja, como aquella, la del castillo roquero...

ROS. ¡Por Dios, Jorge!...

CAR. (Cortando el diálogo.) ¡Rosalía!

JORGE ¡Adiós!... (Se va.)

ROS. (Con emoción.) ¡Adiós!... ¡No puedo más, Virgen mía!

CAR. Este hombre parece un visionario .. ¿Habrá perdido el juicio?

ROS. Si le perdió, á vuestra cuenta... ¡Seguid, seguid pisoteándolo todo: la dignidad de ese hombre, el corazón de tu hija!...

CAR. (Abrazando á Rosalía.) ¡No, hija mía!... Eso, no. Quiero tu ventura. Por ella, ¡qué me importa el sacrificio!

ROS. (Abrazándola.) ¡Madre mía!

CAR. ¿Qué quieres?

ROS. ¡Que le llames!

CAR. (Al ver que aparece Isabel.) Tu tía Isabel. ¡Silencio!

ESCENA IV

DICHAS é ISABEL, que se ha encontrado á Jorge en los pasillos entra algo agitada. Mira alrededor y retrocede hacia el fondo

ISABEL (Hacia dentro, con voz ronca.) ¡Miserable!

ROS (¡Yo no sufro á esta mujer!) (Hace mutis por la segunda izquierda.)

CAR. (A Isabel.) Pero, ¿qué es eso?

ISABEL ¡Ah!... ¿Me lo preguntas cuando aún veo aquí á ese hombre?

CAR. Tú dirás lo que harías en mi caso.

ISABEL ¡Lo que haría!

CAR. Isabel, tu dolor te autoriza para todo.

ISABEL ¡Mi dolor!... No lo os podéis figurar.

CAR. Y hoy, ¿cómo sigue tu hijo?

ISABEL Está mejor.
CAR. Lo suponía.
ISABEL ¿Por qué?
CAR. Mujer, porqué estás aquí... De otra suerte, estarías á su lado.
ISABEL No creo que lo dudes... No soy tan mala.
CAR. ¡Por Dios!
ISABEL ¿Y qué os ha dicho ese infame?
CAR. Deduzco que no tardará en salir de Madrid.
ISABEL ¿Has visto esa fierecilla? ¡Ni me saluda!
CAR. No hagas caso.
ISABEL Caridad, tu hija nos aborrece... No disimula su encono.
CAR. Pero, ¡si es un ángel!
ISABEL ¡No dicen todos lo mismo!
CAR. ¿Que no lo dicen?... Pues todos lo han de decir. ¿Lo oyes bien?... ¡Es mi hija, un pedazo de mi alma!... En mi presencia, no sufro que nadie, y menos tú, la maltrate.
ISABEL ¿Ni aun con justicia?
CAR. ¡Tampoco!
ISABEL ¿Lo ves?... Ya te dí en lo vivo y te revuelves contra mí. Lo sabía. Discurres como yo, como todas las madres, cuando nos tocan esos pedazos del alma...
CAR. ¡Ah! Lo sabías, y te gozas en mi daño.
ISABEL No, Caridad: lo que pretendo es demostraros la razón con que aborrecemos á ese infame.
CAR. (Viendo aparecer á Honorato.) ¡Tu marido!

ESCENA V

CARIDAD, ISABEL, HONORATO. Después, DON ADRIÁN y un CRIADO

HON. (Desde el fondo.) Mujer, ¿habrá quién te detenga en casa?
ISABEL Y eso, ¿lo dices tú?...
CAR. Acaba de llegar... No hay razón para afligirla de ese modo.

ISABEL Y tú, viejo inútil, ¿qué has hecho?
HON. Lo que tú.
ISABEL ¡Qué frescura! Este hombre acaba con mi paciencia.
CAR. ¡Por Dios!... No es ocasión de reñir.
D. AD. (Saliendo por la primera derecha.) Celebro mucho encontraros. ¿Qué tal Gonzalo?
ISABEL (Con displicencia.) Está bien.
HON. Lo que es de esta, no se muere.
D. AD. ¡Más vale así!
ISABEL Muchas gracias.
CAR. Jorge acaba de salir.
HON. ¡Osadía no le falta á ese muchacho!
CAR. Explicó el lance... (A don Adrián.) Se ve que teme tu enojo.
ISABEL Pues el que teme algo debe.
D. AD. ¡No debe nada!... Durán es un caballero.
CAR. Sin embargo, creo que se va pronto de Madrid...
D. AD. Lo sentiría.
HON. No te dará ese disgusto... Es tenaz y completará su obra.
ISABEL (A don Adrián.) ¡Gracias á tu colaboración!
D. AD. ¡Hablad claro!... ¿Qué es lo que quieres decir?
CAR. ¡Qué afán de meter cizaña! Callad de una vez.
HON. Adrián, tu error no puede ser más palpable.
D. AD. Te equivocas: el bien nunca es un error.
ISABEL (A Caridad.) ¡No da su brazo á torcer!
CAR. ¡Lástima fuera!
HON. ¡Cruel será vuestro desengaño! Y si no, al tiempo.
D. AD. No: te equivocas. Yo hago el bien sin esperanza.
ISABEL ¡Cría cuervos, cría cuervos!...
D. AD. Tu ceguedad le confunde... No es un cuervo: ¡es un águila!... Os habéis entretenido en hostigarle, se siente fuerte, le asiste la razón y os aparta de su camino con un zarpazo sangriento. ¡Es un aviso! ¿Queréis luchar todavía?
HON. ¡Lucharemos!
D. AD. ¡Insensatos!... ¿Dónde váis?

HON. Donde nos lleve tu terquedad invencible.
D. AD. Ridícula obstinación!... Os compadezco.
HON. Pero, ¿quién es ese?
D. AD. Lo que no se os alcanza... Ese es la generación que llega. La que triunfa mirando al porvenir... Vosotros, la generación que acaba, lo podrido, lo caduco... Toda la herrumbre de una edad que pasó para siempre...
HON. Caridad, ya lo ves: nos extiende la esquela de defunción.
ISABEL (A Caridad.) ¡También caerás con nosotros!
CAR. No me importa: con Adrián caigo resignada.
D. AD. Así se contesta. ¡Así!
HON. (A Caridad.) De mi sangre, de mi casta... ¡Bravísimo, Caridad!
CRIADO (Desde el fondo.) Por teléfono avisan que el herido está peor.
ISABEL ¿Cómo, qué dice ese hombre?...
D. AD. No hay que alarmarse.
HON. ¿Está allí el médico?
CRIADO Por su encargo, avisa el señorito Luis.
ISABEL (A Honorato.) ¡Vamos al instante!
HON. ¡Vamos!
CAR. Será un recargo febril.
D. AD. Sí; alguna complicación... Alifafes de una vida disipada.
HON. Pero, hombre, ¿de qué no tendrás que hablar?
CAR. Adrián, vé con ellos.
D. AD. Sí, esperad y os acompaño.
ISABEL (Saliendo.) Me voy muy desconsolada.
CAR. No te aflijas.
D. AD. Déjala... Llora por su hijo y no parece Isabel. (Salen por el fondo Isabel, Adrián y Honorato.)
CAR. ¡Así nos paga ese demonio de hombre!... (Hace mutis por primera izquierda.)

ESCENA VI

ROSALÍA y UN CRIADO. Anochece. El salón queda en una semi-obscuridad. En la penumbra sólo se distinguen los últimos destellos del crepúsculo.

ROS. (Saliendo por segunda izquierda) ¡Qué obscuridad!... ¡Me da miedo!... (Viendo cruzar al Criado desde el fondo hacia la derecha, llamándole.) ¡Juan!

CRIADO ¡Señorita!

ROS. ¡Luz, dé usted luz!

CRIADO (Encendiendo.) ¿La señorita tiene algo más que mandar?

ROS. Nada; retírese usted... Quiero estar sola.

CRIADO Aquí está el señor Durán. (El Criado hace mutis por el foro.)

ESCENA VII

ROSALÍA y JORGE

ROS. (¡Otra vez!... Fué leal mi corazón.)

JORGE (Desde el fondo. (¡Mi última prueba!) (Adelantándose hacia Rosalía.) Por el asombro que le causa mi presencia, comprendo que aquí es falsa mi situación... Tendré valor para todo, para alejarme, ¡para no verla!... Pero antes, sea usted compasiva y oiga por última vez los tristes ecos de mi dolor y de mi desdicha.

ROS. Pero, Jorge; ¿tan mal se le trata aquí?

JORGE No: Rosalía, no es eso... Mi presencia podría ser un obstáculo...

ROS. Si pensaba entristecerme, siga usted: este es el mejor camino.

JORGE ¡Entristecerla!... No.

ROS. Entonces, no le comprendo.

JORGE ¡Sí!... Rosalía: por dura que sea la verdad, quiero saberla... Jorge, el pobre Jorge, caído en la desgracia, no es el mismo para ustedes.

ROS. En nada ha desmerecido mi estimación. Jorge, ¿por qué duda usted de mí?

JORGE ¿De usted?... Nunca. Sería como dudar de Dios... ¡Ah! Si perdiera la fe en la suprema justicia, maldeciría la hora en que nací, al ver que toda una vida de abnegación y de sacrificios no basta á redimirme del pecado que esas gentes feroces me escupen á la cara como injuria sangrienta... No: aún espero... Ya lo ve usted: ¡no dudo todavía!

ROS. ¡Cómo dudar un cristiano!... Sería ofender á Dios. Podría castigarle.

JORGE ¿Castigarme?... Pero, ¿existe mayor castigo en la tierra?

ROS. Sí; el castigo de vivir sin esperanza.

JORGE Es verdad. Sin ella no hubiera cruzado el erial de mi vida, sin que jamás haya acariciado mi alma una frase de cariño. En mis cruentas luchas, parecía que una voz interna me gritaba: «¡Adelante!» Era el recuerdo de usted que me seguía, como si nuestras almas se hubieran comunicado constantemente por los hilos invisibles del ensueño... Y la busqué, como buscan los creyentes el soñado paraíso... Pero al sentirme indigno de merecer tanta ventura, lloraba; y mis lágrimas caían como el velo de un pasado triste, nebuloso y lleno de amarguras infinitas. ¡Por eso pensé en la gloria!

ROS. Y la gloria no fué esquiva para usted.

JORGE Sí: triunfó la vanidad... Pero, ¿y el triunfo del corazón?... Codiciaba el premio de mis afanes para arrojarlo á los pies de la rival de mi gloria. Sí, Rosalía. Porque usted sabe que la adoro con locura.

ROS. ¡Por favor!... ¡Van á venir!... Sería una imprudencia...

JORGE Sí; que vengan... ¡No me importa!... Al fin quiero convencerme de mi desdicha. ¡Hundirme de una vez en el abismo!... ¡Hable usted! ¡Se lo ruego por su madre!... Saldré de aquí para siempre: iré á luchar de nuevo. (Con abatimiento.) No; á luchar, ¿para qué? Volveré á mis montañas, ¡á morir!

ROS. (Volviéndose á Jorge en un arranque de pasión.) ¡No, eso nunca!

JORGE ¿Y qué hacer, Rosalía, donde todos me aborrecen?

ROS. ¡Qué injusticia!... Pero... ¿usted no ha comprendido...?

JORGE ¡Ah! Luego usted me quiere. ¿No es verdad?

ROS. (En un arranque de pasión.) ¡Sí!

JORGE (Sujetándola por los brazos.) ¡Por favor, repítalo otra vez, fuerte, muy fuerte!... No es esto un sueño, no... ¡Es ella la que lo dice!... ¡Repítalo otra vez! ¿Me quiere?

ROS. (Con pasión.) ¡Sí!

ESCENA FINAL

DICHOS, DON ADRIÁN y HONORATO. Don Adrián y Honorato aparecen por el fondo, sorprendiendo el final de la anterior escena.

HON. ¡Ahí le tienes!... Al fin, el ingrato, el miserable...

ROS. (¡Jesús!)

JORGE (Con humildad.) ¡Perdón, señor!

D. AD. Hice de usted cuanto pude, ofreciéndole mi estimación, mi cariño...

JORGE Señor, mi sangre toda la ofrecería en pago del bien que recibí... Por merecer su estimación, sacrificaría sin vacilar los más caros afectos de mi alma... No fuí nunca desleal, ni podría ser ingrato. Quería despedirme para siempre... La fatalidad se obstina en mi martirio.

D. AD. Ante tamaña osadía, no sé si merece mi perdón.

HON. No: ¡tu desprecio y tu venganza!

JORGE ¿Por qué? ¿Porque aspiré á merecerla?... Sí: me alucinó su hermosura, admiré la grandeza de su alma y levanté mis ojos á su altura, como se levantan hasta el cielo.

ROS. (Su amor es tan grande como el mío.)

HON. ¡Insensato! ¡Miserable!

D. AD. Señor Durán: acabemos.

JORGE (A don Adrián.) Me reprende usted, y sus palabras van cayendo en mi espíritu con toda la pesadumbre de una maldición. (Señalando á Honorato.) Pero me insulta ese hombre, y se despiertan en mí los instintos de la fiera, se revuelven en mis entrañas todos los sedimentos del odio, y me asalta el impulso de arrojarme á él y arrancarle el corazón.

ROS. (Este es Jorge: ¡así le quiero!)

D. AD. Durán, yo le ruego que acabe esta situación.

JORGE ¿Y cómo?

HON. Saliendo ahora mismo de esta casa.

JORGE (A don Adrián.) ¿Lo manda usted?

ROS. (Interponiéndose entre Jorge y Honorato.) ¡No, padre mío, eso no!

JORGE (Abrazándola con frenesí.) ¡Ah, mi Rosalía! (Señalando á Honorato.) ¡No; que no se acerque ese hombre! (A don Adrián.) Sólo usted la arrancará de mis brazos... ¡Un ademán, una sola palabra, y todo ha concluído para mí!

D. AD. Su nobleza me confunde. ¡Qué corazón!

HON. (Con despecho.) ¡Sí, es muy noble!

JORGE (Con arrogancia.) ¡Más que usted! (Mirando á Rosalía.) Si de la posesión de su alma estoy seguro, entonces ¿qué me disputais?... ¿Su posición, su fortuna?... Tomadla... Alimentad con ese montón de oro vuestra insaciable codicia... Pero dejadme siquiera lo que ya me pertenece: ¡su alma, su corazón, su pensamiento, su vida!...

ROS. ¡Padre mío, tu perdón!

D. AD. ¡Venid, venid á mis brazos!

HON. (Con marcada aflicción.) ¡Esa es tu obra, Adrián!

D. AD. Esta es la aurora que nace, ¡la marea que sube!

HON. No, es la ola negra que avanza... y que avanza siempre arrolladora y temible.

D. AD. Temible, para tí, que eres el viejo tronco que cae. ¡Lo inútil que se derrumba! (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Retirada por su autor la edición recientemente publicada de esta comedia, se advierte á los actores que esta obra deberá ser representada con sujeción al presente libreto.

Obras del mismo autor

Ellas y ellos.—Semblanzas y bocetos. (En colaboración.)

Ocios literarios.—Cuentos y poesías.

Pepín.—Novela.

Siluetas y matices.—Bocetos y paisajes filipinos.

Precio: DOS pesetas